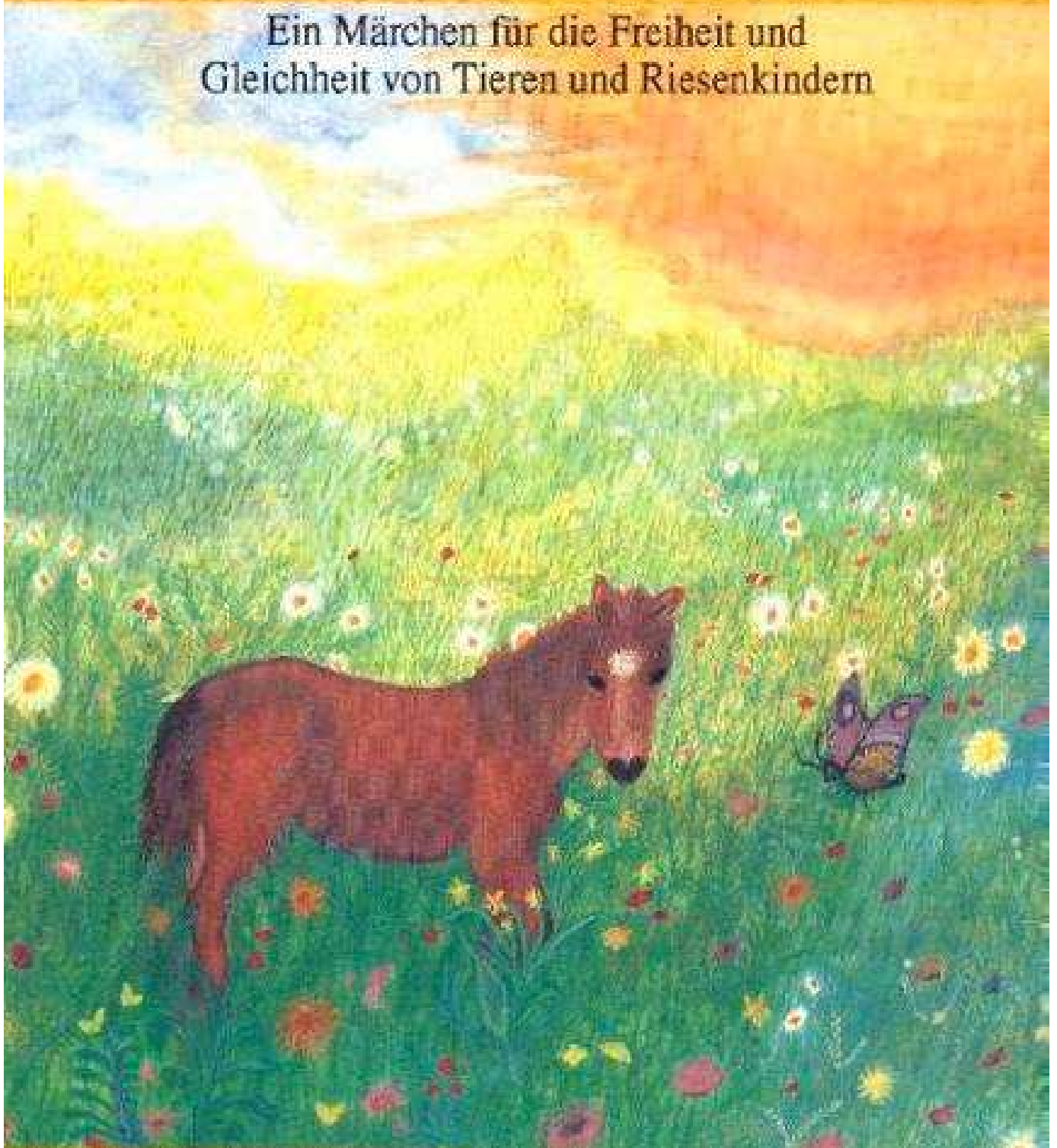


KARLO HEPPNER

DER KLEINE SAUSEWIND

Ein Märchen für die Freiheit und
Gleichheit von Tieren und Riesenkindern



Karlo Heppner

El Pequeño Correvientos

*Un cuento en pro de la libertad e igualdad
de los animales y de los niños gigantes.*

Ilustraciones: **María Lilienfein**
Markus Katzenbach

**Traducción al
Español:** **Anabel Vicente**

**Adaptación
Mexicana :** **Raquel Cáceres**

“Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.”

(Art. 1 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos del 10 de diciembre de 1948)

Título original en alemán: Der Kleine Sausewind
1ª. edición: Thorsten Knabbe Verlag, Wiesbaden, 1986
2ª. edición modificada: Th. Knabbe Verlag, Wiesbden, 1986
3ª. edición modificada: K. Heppner, Torrevieja (España), 2001
Producción: Books on Demand GmbH
El autor se reserva todos los derechos.
Coypright: Karlo Heppner
E-Mail : karloheppner@yahoo.de
ISBN del libro en alemán: 3-8311-1981-3

Contenido

El potrillo viene al mundo

La inútil lucha de Correvientos

Palos a Correvientos

Los amigos de Correvientos

A Correvientos lo mandan a la escuela

Los salvadores de Correvientos corren gran peligro

En el portal del mar de rocas

Inka se arrepiente

El titubear de Correvientos

Durante la huida

El retorno de Correvientos

El desolador llanto del oso hormiguero

La reunión de los animales

Inka en un sueño de la muerte

La despedida de Inka

El potrillo viene al mundo

La entendida lechuza que vivía hacía ya mucho tiempo en el bosque, no pudo guardárselo más:

-Ujú, ujú, él ha llegado, anunció a los otros animales, quienes al oírlo cesaron sus ocupaciones.

Muy pronto se enteraron todos los animales del bosque, sí, incluso los escarabajos, las lombrices y las muy laboriosas obreras de la familia de las hormigas rojas, que un potrillo había venido al mundo.

Se fueron corriendo a la vieja cabaña donde había nacido el potrillo y circundaron el montón de paja sobre el que reposaba para recuperarse del fatigoso parto.

Absortos fijaron la vista en esa pequeña e indefensa criatura que buscaba protección del frío viento del norte detrás del cálido cuerpo de su madre.

El viento del norte se reía:

- Hoy no voy a soplar tan fuerte, ese será mi regalo de nacimiento.

Y una vez dicho eso, sopló el resto del aire que quedaba en sus mejillas sobre las cimas de los árboles, se puso su camisón finamente tejido de agujas de abeto y, bostezando satisfecho, se echó a dormir en su lecho de piñas.

-¿En qué puedo servirte?, preguntó el evidentemente conmovido zorro que estaba al lado del potrillo, al que su madre le lamía amorosamente la piel.

El potrillo, sin embargo, disfrutaba demasiado de las caricias de su madre como para tener ganas de contestar preguntas curiosas.

- Bien, algún día, cuando lo necesites, te daré un consejo, le dijo el zorro, célebre entre los animales por su astucia.

Y con ello se dio por satisfecho. Cuando se retiró, avanzó el soberbio ciervo con pasos majestuosos.

Todos los animales retrocedieron respetuosos para dar paso al Caballero del Bosque.

- Quiero hacerte un regalo, potrillo, dijo el orgulloso ciervo al recién nacido caballito, si alguna vez te encontrases en dificultades, sólo necesitarás llamarme y acudiré inmediatamente a ayudarte.

Una vez dicho eso, se alejó trotando.

El potro guiñó levemente el ojo izquierdo y algunos animales creyeron que con ello quería expresar su satisfacción con los bienintencionados regalos.

Estaba contento con todo el mundo, sentía el calor de su madre y la proximidad de sus amigos; sí, hasta el viento del norte, que normalmente no se dejaba ablandar por nada, había cesado por él con sus furiosos soplidos por una noche.

¿Qué más podía pedir?

Soñaba con nubes de gruesas, cálidas pelotas de algodón que lo transportaban sobre las praderas de colores, por encima de la gente que paraba la labor del campo para saludarlo, sobre las cimas de los árboles hacia ríos cristalinos en los que le habría encantado bañarse.

- Este va a ser mi mundo, pensaba para sí y se sentía feliz.

- Mira, lo feliz que sonrío, dijo el afable oso, a un potrillo tan cariñoso también yo quiero concederle un deseo. Si alguna vez necesitaras mi hercúlea fuerza, llámame, con gusto te ayudaré.

Satisfecho, se marchó el oso de allí.

Finalmente se abrió camino hacia el potrillo una obrera de la familia de las hormigas rojas que no quería ser menos que los animales grandes. No le resultó fácil, dado que por lo pequeña que era no fue capaz de apartar a nadie empujando.

Y como hablaba muy bajito, no tuvo más remedio que escalar hasta la oreja del potrillo para hacerse oír.

- Tal vez, supuso ella, tal vez me necesites alguna vez en tu vida, entonces vendré con gusto para ayudarte con mi habilidad y laboriosidad.

Pocos segundos después de haber pronunciado la última palabra, descendió de la oreja y desapareció entre la multitud.

Todavía muchos animales, que habían venido de cerca y de lejos, rodeaban al potrillo y a su madre.

- Mi pequeño Correvientos se ha cansado y también a mí me ha fatigado el parto. No me lo tomen a mal que les pida que se vayan ahora, les dijo a los animales.

Estos no se hicieron de rogar, dieron media vuelta y, una vez dicho "hasta la vista" una segunda vez, trotaron de buen humor hacia sus casas.

La luna, cuya luz plateada había esclarecido la escena, entretanto también se había cansado. Se dirigió a la tierra con un "buenas noches", escondió su faz bajo el blando manto de estrellas y se deslizó en un suave reposo rico en sueños.

De esta manera, la vida llena de acontecimientos del pequeño Correvientos había comenzado plena de seguridad, dulzura y bondad. Sentía el amor en el corazón de los otros animales que se lo ofrecían sin esperar nada a cambio.

Correvientos era feliz.

* * *

Los días pasaron, se convirtieron en años y Correvientos había crecido.

Bajo el cariñoso cuidado de su madre, paseaba por el bosque, saltaba por arroyuelos que se le cruzaban en su camino y cuando se cansaba de retozar, se acostaba en una de las praderas de colores que rodeaban el bosque.

- Oye - le decía al Sol-, calienta mi bonito pelaje pardo.

Este solamente se reía diciendo:

- Sí, bonito pelaje pardo tienes; extendía sus calurosos brazos y hacía cosquillas al potro por todo el cuerpo mientras este se estiraba y dilataba y se revolcaba de gusto en la hierba.

- Cómo me gusta esto, decía el potro. Siento la blanda y verde hierba debajo de mí, percibo el calor del buen sol sobre mi piel y huelo el fino aroma de las flores y hierbas.

Correvientos no pensaba en quién había creado este mundo, pero tenía la sensación de que había sido creado exclusivamente para él, bueno..., tal vez también para su madre.

Este mundo era su mundo: acogedor, alegre, sonriéndole y ofreciéndole seguridad...

El potrillo se había quedado dormido.

La inútil lucha de Correvientos

Y así, el potrillo vivía feliz y contento consigo y con todo el mundo.

Llegaría el día cuando, sin embargo, para Correvientos la vida cambiaría radicalmente.

Tras un prolongado baño de sol, saltó al cristalino río para refrescarse y chapotear a sus anchas en el agua. Estaba tan embebido en su juego que no se dio cuenta de la corriente que cada vez lo alejaba más de la orilla.

Una mariposa multicolor, al ver que el potrillo era arrastrado, revoloteó agitada alrededor de la cabeza de Correvientos gritando:

- ¡Ten cuidado, la peligrosa corriente te está arrastrando! ¡Nada con la mayor fuerza que puedas contra la corriente hacia la orilla!

Pero Correvientos no tenía más que ojos para el fascinante juego de colores que brillaban al Sol cuando la mariposa batió vigorosamente sus alas.

Tarde, ya demasiado tarde, se dio cuenta de la desesperada mirada de la mariposa.

- ¡Sálvate, nada lo más rápido que puedas, de lo contrario, la corriente te llevará a la otra orilla, al País de los Gigantes! - gritó la mariposa con máxima desesperación.

El potrillo, sin embargo, había perdido tanta fuerza al retozar, que ya no podía ganar la lucha contra la corriente.

La mariposa, impotente, fue testigo de cómo Correvientos, desesperado y haciendo aspavientos, fue arrastrado por la corriente desapareciendo en la lejanía.

Abatida, emprendió el camino a casa para contar la triste noticia a la madre de Correvientos.

Por fin, tras un tiempo que le pareció una eternidad, llegó al árbol bajo el cual pastaba la yegua y se posó en una rama por encima de su cabeza. Cansada, replegó la mariposa sus alas. Sentía un profundo dolor en su pequeño interior. Correvientos no estaba. Lloraba bajito mientras contaba cómo Correvientos había luchado contra la trágica corriente con el mayor apuro, pero al ver la angustia en los ojos de la madre de Correvientos y darse cuenta de las lágrimas furtivas que le corrían por las mejillas, ya no se pudo aguantar.

Lloró y gimió desenfrenada, su cuerpecillo temblaba de dolor por la pérdida de su querido amigo.

- Ay, iaay, aaayy!, Correvientos no está, iaay, aaay, aaayy!

Jamás lo volvería a ver.



Recordaba los buenos días pasados con él, su clara y alegre risa al chapotear con sus pezuñas en el agua e intentar salpicarla, una sombra oscura había cubierto estos pensamientos y ahogado su alegría.

Se sentía vacía, enmudecida.

Cada vez le costaba más llorar.

¿Qué les traería el futuro?

* * * *

Entretanto, el potrillo luchaba en vano contra la corriente. Su resistencia se debilitaba, al principio los fuertes golpes de pezuñas fueron perdiendo fuerza, sus gritos de socorro se perdieron al viento. La fuerte corriente lo transportó a la otra orilla del río.

Una vez llegado a la orilla, Correvientos, rendido, se acostó en el suelo.

Eso fue lo primero en lo que se fijó, ese suelo sobre el que quería descansar no era de blanda hierba, no era sitio para estirarse y tenderse, era de roca dura.

El potrillo conocía este tipo de roca de los cementerios que los humanos tenían en el bosque.

Entretanto, el Sol había sido cubierto por tenebrosas nubes de lluvia y Correvientos se puso a temblar.

Mientras estaba allí echado para recuperarse del cansancio, se acordó de que su madre le había advertido varias veces del peligro en el país al otro lado del río.

- Es el País de los Gigantes, -había advertido a su pequeño Correvientos,- ellos viven de muy diferente manera a la nuestra, ninguno de nosotros se encontraría allí a gusto.

-¡Mira lo que hay ahí!

Correvientos fue sacado de sus pensamientos por el sonido de una voz profunda.

La voz pertenecía a una persona tan grande como ninguna otra de las que Correvientos había visto en su vida.

Muy cerca de su cabeza aparecieron de repente dos poderosos pies y Correvientos se sorprendió al ver que en ese momento no temblaba su cuerpo, pues en realidad esos pies hubieran podido aplastarle en un abrir y cerrar de ojos.

A Correvientos no le quedaba la menor duda: Ante él se encontraba un gigante.

-Nos lo llevamos a casa. Tal vez nuestros hijos se alegren,- le dijo a su mujer, que se había parado unos metros detrás de él y miraba curiosa al potrillo.

-Pero si es peligroso, -objetó,- será mejor matarlo aquí mismo.

-Ya lo domaremos, -contestó el gigante con voz enérgica.

-Si es testarudo, le quitaremos sus tonterías con el látigo.

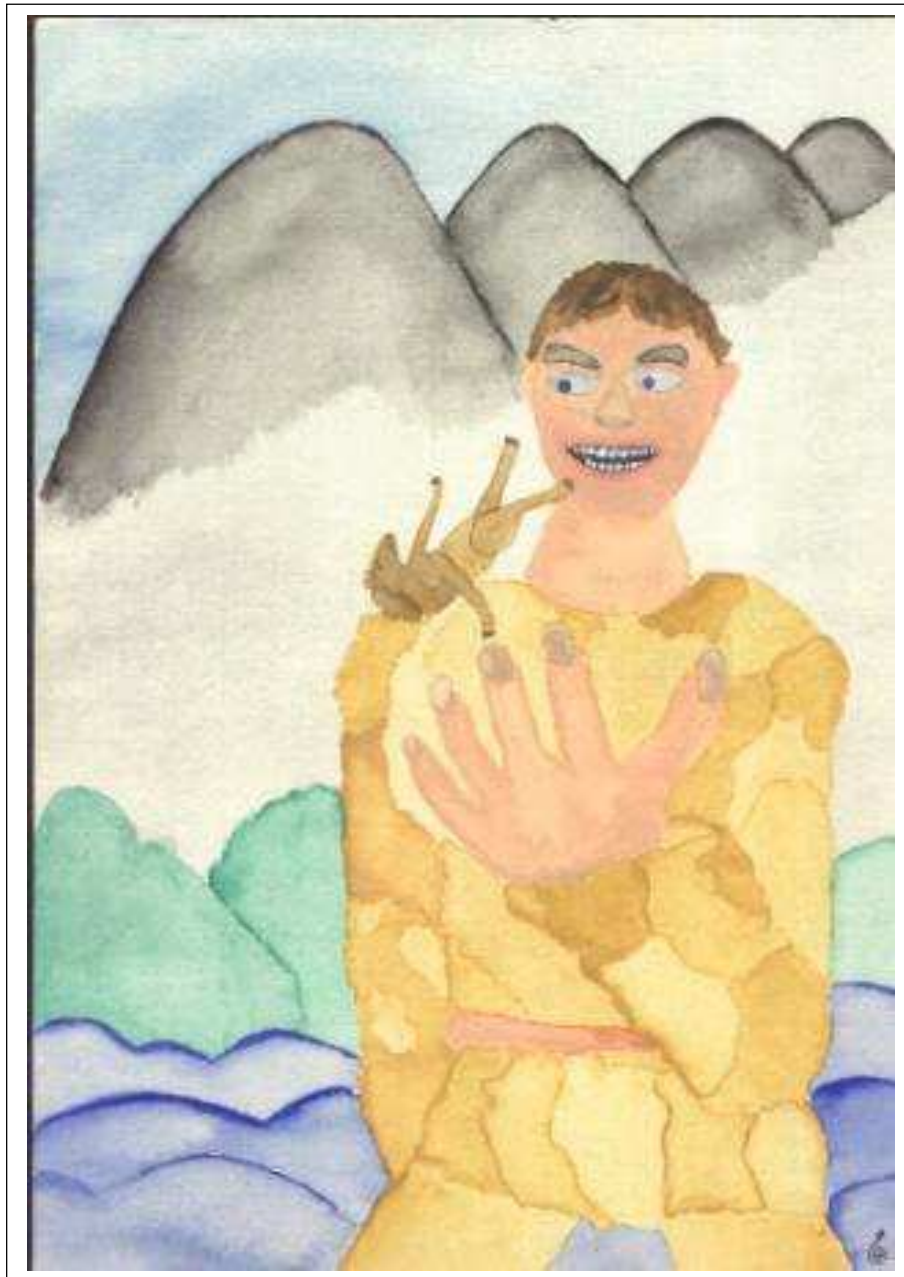
Correvientos comprendía la conversación de los dos gigantes y al oír que querían pegarle, se le encogió el corazón.

Nunca en su vida le había pegado nadie. Su madre siempre le acogía con cariño entre sus patas, apretándolo suavemente y lamiendo su pelo con ternura.

¡Oh, no, no podía ser cierto. ¿Tal vez había oído mal? Sí, seguro que había oído mal. Tan crueles no podían ser ni los gigantes como para pegar a criaturas más débiles con el látigo.

El gigante, al que su mujer se dirigía con el nombre de Truka, que significaba algo así como el inaccesible, tomó a Correvientos por las crines y lo agitó en el aire. Al asustado potrillo le costó trabajo agarrarse en su caída a uno de los gruesos dedos del gigante.

Para mayor desdicha, las manos del gigante estaban pringadas de grasa, porque acababa de comerse cinco gansos como asado de mediodía.



Correvientos reconoció enseguida que no tenía sentido huir, ya que el gigante Truka era mucho más grande y por tanto también podía correr mucho más rápido que él mismo.

Y además, ¿Dónde iba a ir? No conocía en absoluto el pedregoso país a donde había venido a parar tan inesperadamente.

Truka lanzó a Correvientos con una mueca de conquistador a la mochila de su compañera, se echó a reír brevemente y se dirigió a pasos apresurados a la casa tan alta como una torre donde vivía con su mujer y sus tres hijos.

Correvientos, todavía muy afectado por el tan violento trato, apenas se atrevía a asomar la cabeza por la mochila para mirar en torno suyo.

- ¿Qué me esperará en la casa de los gigantes? -pensaba para sus adentros,- ha dicho algo de niños, tal vez sus hijos se porten mejor conmigo.

El potrillo volvió a albergar esperanzas.

-Les he traído algo, -gritó el gigante al abrir la puerta y estrelló, sin consideración alguna con Correvientos, la mochila encima de la mesa redonda que estaba en medio de la habitación. Los tres niños de la pareja de gigantes se reunieron rápidamente alrededor de la mesa para ver lo que su padre les había traído.

Tenían sus ojos muy abiertos por la curiosidad. Acto seguido cada uno tiraba de la bolsa en su dirección para ver el contenido.

-Seguro que hay un ganso bien gordo dentro-, supuso Inka, la más joven de los tres.

Enka, el mayor, contradujo enseguida:

- Qué tontería, seguro que no es ningún bicho con plumas. Primero comimos ganso ayer y hoy, y segundo, graznaría de miedo.

Anka, la hija segunda de la familia de gigantes, permanecía sin participar en el juego de adivinanza de qué es lo que podía haber en la mochila.

Ya había desatado por completo la cuerda de la bolsa y estaba metiendo la mano en la gran bolsa cuando percibió un amedrentado relinchar.

Retiró la mano a toda prisa.

-Es un caballo, lo he adivinado la primera- ufanaba ella con la nariz levantada orgullosamente.

No tardaron los niños en ponerse de acuerdo en qué era lo que iban a hacer con Correvientos.

- Haremos que corra carreras el domingo. A lo mejor gana. Será una diversión enorme.

En el desorden general que reinaba, era difícil saber de quién había salido la propuesta, lo único que sí era seguro es que todos estaban encantados con ella.

* * * *

El tiempo, hasta el domingo, les parecía a los niños una eternidad. Habían encerrado a Correvientos en una estrecha jaula y salían todas las mañanas muy temprano de casa para verlo y llevarle comida.

Tampoco las amonestadoras palabras de su madre de desayunar bien antes – casi siempre había leche de cabra y carne de conejo – podían hacer desistir a los niños de su diversión matutina.

Entre los barrotes de madera que dividían el mundo para Correvientos en varias partes, metían algunas hojas de berza tierna que habían comprado en el mercado.

Al potrillo le había entrado mucha hambre por la noche y quería consolarse de su soledad con la deliciosa comida.

-¿Qué harán mis amigos ahora?

Suspiraba nostálgico mientras pensativo, masticaba la hoja de berza.

-Probablemente tengo que quedarme para siempre en esta estrecha jaula. No hay nadie que pueda ayudarme,- pensaba Correvientos pesaroso.

Ni siquiera las frescas hojas de berza podían consolarle.

Por fin había llegado el domingo y los niños gigantes se pusieron en camino con Correvientos, al que de nuevo habían cargado en la mochila, hacia la plaza donde se celebraría la carrera de caballos.

Ya habían acudido numerosos niños con sus caballos y ardían porque el acto empezara.

Palos a Correvientos

Un hombre vestido de negro con un megáfono pintado de colores se subió a un pequeño podio haciendo señales con los brazos y chasqueando el látigo para pedir silencio, pasando después a anunciar con voz atronadora el comienzo de la carrera de caballos.

- Hoy es un gran día. Hoy veremos lo bien que han domado a sus caballos. Los caballos veloces tienen miedo del látigo y si no lo han usado, seguro que perderán”.

Su corto discurso fue acompañado de fuertes aplausos; los niños atendían entusiasmados, reían y golpearon a su vez con los látigos, llenando el aire con sus chasquidos.

A toda prisa agarraron sus caballos para llevarlos a la salida. Los caballitos tendrían que recorrer veinte veces una pista circular en la que había tiradas numerosas piedras puntiagudas para que la carrera fuese más difícil e interesante.

Diez caballos salieron al mismo tiempo.

Correvientos había sido designado al primer grupo y así no le dio tiempo de observar lo que le esperaba en la pista. Entretanto, sin embargo, había comprendido que tenía que correr como si de salvar su vida se tratara.

- Si pierdo velocidad, me pegarán los niños con el látigo; temblaba poco antes de la salida proponiéndose correr mucho más de prisa que los demás.

- Prepárense, listos, ¡ya!- gritó el hombre del megáfono disparando con una pistola al aire al decir: ¡ya!

Todos los caballos salieron disparados y el sudor, que ya se había formado antes por miedo a la carrera, empezó a correrles a chorros por la piel.

Correvientos se dio muy pronto cuenta de que no podía seguir la marcha junto a los otros caballos más grandes y que se iba a quedar atrás.

- Por favor, no me peguen - relinchaba fuerte y desesperado cuando vio llegar hacia él el latigazo. La dura correa de cuero hizo una cortada profunda en su piel y Correvientos apretó fuertemente los dientes para no sentir tan fuerte el dolor.

Si se hubiese parado un momento para entregarse a su dolor, se habría retrasado más y habría vuelto a sentir el látigo.

En el corazón de Correvientos se entrelazaban sentimientos de tristeza, dolor y rabia. No podía comprender que hubiera personas capaces de pegarle solamente por presumir tener el caballo más veloz.

- Odio a estos niños- se le cruzó a Correvientos en el transcurso de su desesperada lucha en la pedregosa pista que una y otra vez tenía que recorrer.

- Los odio. ¿Pero por qué lo hacen? Si todavía son niños.

Si hubiese tenido tiempo, habría movido su cabecita para expresar su incomprensión al respecto.

Y otra vez recorrió el látigo su espalda para animarle a correr más de prisa.

Pero ya lo estaba dando todo de sí.

Cuando los caballos pasaron disparados por la cinta de la meta, acabó finalmente la carrera.

A pesar de haberse esforzado extremadamente en la última vuelta, Correvientos no había sido capaz de adelantar al caballo blanco que traspasó la meta poco antes que él.

El sonido de una campanilla aguda anunció la llegada del perdedor.

Los niños espectadores lo abuchearon y le tiraron bolas de papel.

Pero el potrillo se sentía demasiado cansado como para avergonzarse.

Los buenos sentimientos de su niñez habían desaparecido y aún por mucho intentar buscarlos, no era capaz de encontrarlos en sus adentros. Lo que por el contrario sentía, eran sensaciones de desesperación e impotencia. Si hubiese sido más grande, con sus pezuñas hubiera obligado a los niños a huir y se habría ido corriendo junto a su madre, a la que añoraba tanto.

* * * *

Los niños fueron muy de mañana al establo donde estaba Correvientos, todavía muy cansado por la carrera del día anterior.

- Creo que nos lo vamos a tener que llevar- dijo la benjamina Inka a los otros.

- El camino hasta la casa del herrero es bastante largo y el caballito está muy cansado- añadió.

Los otros dos niños refunfuñaron, pero al final accedieron.

Eso de tener que turnarse a llevar al potro en sus mochilas no les hacía mucha gracia. Al fin y al cabo, a pesar de su escaso tamaño, no era un peso pluma.

El herrero era un afable gigante mayor, su abundante y muy rizada barba, llena de canas por el paso del tiempo, inspiraba confianza a Correvientos.

Sus despiertos ojos observaron largo tiempo y con atención al potrillo que los niños habían sacado de la mochila y puesto en una silla. En sus fuertes manos tenía un martillo que poco antes había hecho sonar con poderosos golpes sobre la herradura candente que herraba sobre el yunque.

- Seguramente que quieren herrar a su caballito- se dirigió a los niños.

Pensativo, se frotó la mano izquierda en el delantal marrón de cuero ante su barriga para limpiarse un poco sus sucios dedos.

- Queremos que a nuestro caballo se le pongan herraduras como a todos los demás- expuso Inka el deseo de los niños.

Correvientos no sabía lo que era una herradura o lo que significaba herrar, pero presentía que no podía ser nada bueno.

- No quiero que me den golpes- protestó contra los planes de los niños gigantes.

El viejo gigante barbudo intentó tranquilizarlo explicándole:

-No, hombre, no, no se te va a pegar, sólo quiero clavarte herraduras en las pezuñas. No te dolerá.

-¿Pero por qué tengo que llevar herraduras pesadas en mis pezuñas? Entonces ya no podré correr rápido y dar saltos de alegría.

El viejo herrero sonrió:

-¿Sabes, caballito?, al parecer todavía no conoces gran cosa de este mundo. Nuestros caminos están llenos de piedras duras que ya al cabo de poco tiempo desgastarían tus pezuñas. Seguro que no te gustaría andar con tus pies desnudos por la dura roca. El dolor te volvería loco.

Correvientos reconoció esto pero aún así se sentía infeliz. En realidad no era él quien había elegido este mundo, un desgraciado percance le había llevado a parar allí y unos gigantes malos lo tenían capturado.

-¿Por qué no habrá aquí verdes y soleadas praderas -se preguntaba- donde me pueda calentar al sol?

La pregunta no lo dejaba en paz, pero cuanto más pensaba en ella menos podía encontrar una respuesta.

El herrero no se anduvo con remilgos y fue tomando herradura por herradura, llevándolas al fuego para ponerlas al rojo vivo e ir clavándolas en las pezuñas de Correvientos.

A pesar de no notarlo mucho, Correvientos lloraba bajito. Lo que hacía que su corazón se encogiera, era la sensación de que de ahora en adelante, solamente podría corretear con pesados hierros en las patas, como encadenadas. Correvientos había perdido su libertad.

Los amigos de Correvientos

La madre de Correvientos, a partir del momento de recibir la noticia de la desaparición de su hijo, era muy desdichada.

Muchos animales del bosque se acercaban a la vieja cabaña para consolarla y animarla. El oso rodeaba su cuello con su fuerte brazo y le decía:

- Seguro que Correvientos volverá. A lo mejor no le ha sucedido nada.

Pero esto no bastaba para tranquilizar a la madre de Correvientos. Su abuela, la entre todos los animales bien conocida yegua Gilda, había contado mucho acerca del país de los gigantes, de cómo vivían y de lo crueles que eran con los extraños que se perdían por su país. Pobre Correvientos, seguro que los gigantes lo habían maltratado por ser tan pequeño y no poderse defender. El oso, al darse cuenta de que tampoco sus caricias conseguían consolar a la madre en gran medida, dijo finalmente:

- Mañana mismo me pongo en camino y me voy a buscar al pequeño Correvientos. Te prometo que no volveré sin él.

Dijo esto con tal convicción que todos los que oyeron sus palabras no pudieron por menos que creerle y asentir con la cabeza. Entonces se adelantó el zorro a la altura del caballo y el oso, levantó su aterciopelada pata rojiparda y juró lo más solemne que pudo:

- Por la piel roja que tengo y que el cazador ansioso por disparar ya muchas veces ha querido agujereármela con su escopeta de perdigones, yo acompañaré al oso y le ayudaré en su búsqueda.

- Y yo me adelantaré y seré el explorador -coreó ardientemente el veloz ciervo.

* * * *

Su partida del bosque fue vitoreada a la mañana siguiente por encantados gritos de ¡hurra! de los animales que se encontraban en la orilla del camino. -¡Que vivan los valientes salvadores de Correvientos!

-¡Que vuelvan con bien y que traigan con ustedes a Correvientos, con quien tanto nos hemos encariñado! -gritó la sabia lechuza a los tres aventureros al pasar éstos por debajo del haya donde acababa de echarse una siestecita.

Los animales alcanzaron pronto el final del bosque y pisaron el enorme claro donde el potrillo tantas veces había retozado con la ágil mariposa. Felices y descuidados habían olido las margaritas de suaves aromas, absorbido con grandes ojos los fuertes colores del tan variado mundo floral, y Correvientos se había revolcado con su cuerpo en la hierba mientras la mariposa volaba alborozada alrededor de su cabeza.

Pero no les quedaba tiempo para entregarse a recuerdos sabiendo que Correvientos se encontraba en peligro. Cruzaron la gran pradera aprisa y llegaron a la orilla del ancho río.

-¿Cómo vamos a pasar al otro lado? -preguntó el zorro lleno de dudas cuando vio el río con sus peligrosas corrientes. El zorro estaba a su lado y solamente miraba mudo hacia el río. Tampoco el oso sabía qué hacer, pues ¿de qué le servía toda su fuerza si no tenía buen suelo firme bajo sus pies? Ahí, le pareció al zorro de repente como si hubiera oído una voz interna que le gritaba algo.

-Tienes que hacer una balsa -se pudo percibir.

Pero lo que al zorro al principio le había parecido una inspiración, resultó poco después ser la vocecita delgadita de una obrera de la familia de las hormigas rojas que se había deslizado furtivamente en la oreja del zorro.

Como seguramente recordarás, también ella estuvo presente en el nacimiento de Correvientos, y le había prometido ayudarle con su habilidad y su laboriosidad si cayera en una situación difícil. Con las voces y el jaleo que reinaban en la despedida de los viajeros no había conseguido que su vocecita aguda penetrara y, por miedo a quedarse atrás, se había instalado en la oreja del zorro a esperar lo que viniese.

Los animales no se sorprendieron al descubrir a la furtiva viajera que iba con ellos.

Pero dado que había sido ella la de la idea de cómo se podía atravesar el río, dijo el oso:

-Creo que nos puedes servir de mucho en nuestra búsqueda de Correvientos, así es que te llevamos con nosotros.

Y, advirtiéndole, le dijo: -Pero ten cuidado de no caerte de la oreja y, atontada por la caída, quedarte atrás”.

-Ya tendré cuidado, gordinflón -replicó la hormiga de manera respondona pero con amabilidad.

-Vamos a buscar troncos gruesos al bosque -incitó el ciervo a sus acompañantes- pronto oscurecerá y es mejor que atravesemos el río antes de que caiga la noche.

El oso fortachón cargó incluso con dos troncos, uno cogido debajo del brazo izquierdo y otro debajo del derecho.

Rápido pusieron los troncos uno al lado del otro y los unieron muy diestramente con gruesas lianas formando una estable balsa que debería transportarlos seguros al otro lado del caudaloso río.

Cuando el Sol se disponía a retirarse a descansar tras las montañas, se montaron los animales en la balsa de madera que se movía suavemente sobre el agua. Anteriormente, el oso había ido por otros dos gruesas ramas que utilizarían como remos.

-Vamos, suelten las cuerdas -ordenaba la hormiga que, asomándose por la oreja del zorro y teniéndolo todo controlado, se sentía como el capitán de un gran barco de pasajeros.



Era una tarde tranquila, suaves vientos rodeaban a los animales mientras que el Sol, con sus últimos rayos, les calentaba la piel.

A pesar de los imprevisibles remolinos y corrientes del río, los participantes de la travesía no sintieron miedo o inseguridad. Al contrario, los animales tenían la sensación de deslizarse o flotar por el río sobre una nube suave y elástica, lejos de todos los peligros que aquel encierra en sí.

-¡Hemos llegado! -dijo el ciervo con su ronca voz de su ensueño al atracar la balsa en la otra orilla.

-Aquí acamparemos esta noche -sugirió el ciervo a los otros tres con un fuerte escarbar de sus pezuñas sobre el duro suelo rocoso. Cansados del largo viaje, no tardaron en dormirse profundamente sin preocuparse lo más mínimo de que no era blanda hierba sino dura roca lo que formaba el fondo de sus camas. Seguramente no les costará mucho adivinar con quién soñaron esa noche.

* * * *

Al día siguiente el Sol los despertó ya muy pronto haciéndoles cosquillas.

-¡Vamos, despierten, tienen mucho que hacer hoy! -gritó desde lo lejos tocando las narices de los animales dormidos con las puntas de sus brazos dorados para otorgar así más fuerza a sus palabras.

-¡Uaaa! -bostezó el adormilado oso, al que el estrépito del Sol había sacado de en medio de su último sueño en el momento en que se preparaba a besar en el hocico a una preciosa y velluda osa.

¡Caramba! -se quejó, y cuando se acordó de su misión, pudo pasársele su enojo.

La osa de sus sueños comprendería seguramente que la salvación de Correvientos era actualmente más importante que intercambiar caricias con ella.

De todos modos no era más que un bonito sueño, pues en realidad no tenía ninguna compañera y las horas solitarias no siempre le habían sido gratas.

-¡Oye, despierta, que tenemos que continuar! -exclamó el oso de piel parda batiendo la barriga del ciervo, que aún seguía roncando como un tronco- rrrrrr, rrrrrr, pfffpffff.

Pero cuando el oso al final le hizo cosquillas con una pajita delgada y el dormido caballero del bosque sintió un picor en la nariz, se le quitaron completamente las ganas de seguir durmiendo.

El zorro y la hormiga se habían despertado entretanto con el ruido que el oso hizo al despertar al ciervo, y ya se habían encaminado hacia el río para lavarse y traer agua para el café.

-¿Café para los animales? -les preguntarán ahora seguramente incrédulos. Bueno, pues les aseguro que el oso todas las mañanas sorbía junto a su panecillo con miel una taza completa de café caliente y que tanto el zorro como el ciervo apreciaban su sabor, pues también nuestra hormiguita a veces se echaba al pequeño gajate un trago tan grande como un dedal.

Pero, ¡alto! no estoy aquí para contarles las costumbres de comer y beber de los animales del bosque. Ciertamente que les interesará mucho más saber lo que les pasará todavía a Correvientos y a sus salvadores.

¡Pues bien, atención!

A Correvientos lo mandan a la escuela

Era todavía muy de mañana cuando los niños gigantes Enka, Anka e Inka condujeron a Correvientos atado con firmes correas de cuero, a las que los gigantes llamaban "Zappas", a la escuela de adiestramiento.

El camino era oscuro y el potrillo tropicaba con frecuencia en algún pedrusco, escapándosele entonces algunas veces un reprimido grito de dolor.

-¿A dónde me llevan? -se extrañaba después de haber pasado más de media hora de caminata sin haber divisado ni una sola casa u otro objetivo.

¡Ayyyy, ayyy, qué daño! -se quejó Correvientos tras volver a tropezar con su pata trasera derecha en un pedrusco puntiagudo. La herida goteaba un poco de sangre. El potrillo añoraba ser acariciado y consolado.

-¡Para ya de tanto lamentarte! -le increpó Enka, el mayor de los niños gigantes, al potrillo herido.

-¡Esto no hay quien lo aguante! ¿Pero cómo se puede ser tan quejoso? -exclamó también Anka, la segunda de los niños gigantes, malhumorada.

Correvientos era incapaz de ver en la oscuridad, pero no obstante temía mirar a los niños gigantes a la cara. Tenía miedo a sus miradas.

Seguramente sería mejor no atraer sobre sí la ira de sus acompañantes, ya tenía bastante con los dolores.

Tenía miedo de que los niños llegaran a enfurecerse tanto contra él que lo dejaran sin comer a mediodía y esto sería fatal, pues le había entrado un hambre feroz por tanto caminar.

Así, Correvientos decidió apretar los dientes en lugar de decir ¡ay!

-¿Pero por qué no querrán que diga ¡ay!, si duele mucho?

El joven cuadrúpedo desconocía que los niños gigantes de bebés también habían gritado y llorado cuando les dolía algo, pero sus padres habían reaccionado sin compasión diciendo: -¡Para ya de tanto llorar, esto no hay quien lo aguante!

O: -No se llora por tan poca cosa.

Y si aún no cesaban, sentían sobre su cuerpo el disgusto de sus mantenedores con mano dura.

La mayor parte de sus compañeros de juego habían recibido palizas en el trasero hasta que se callaban o hasta que la ira de sus padres se esfumaba. A los padres de Enka, Anka e Inka les había bastado con las miradas de enfado y amenazas y los mandaban a la cama con el estómago vacío y sonoro.

A veces simplemente suprimían del orden del día una excursión ya planeada. Como castigo, solían remarcar a los padres gigantes. Pues sí, de este modo no era de extrañar que los niños gigantes mostrasen tan poca comprensión con las penas de Correvientos.

* * * *

El potro ya se había habituado a los pesados hierros que el herrero había colocado en sus pezuñas. No obstante le costaba hacer cualquier movimiento y el levantar sus patas exigía gran fuerza. Por las noches le satisfacía siempre el poder acostarse en el suelo cubierto de paja de su jaula y estirar las patas.

Pero Correvientos reconoció que el herrero tenía razón con su indicación.

Sin las herraduras protectoras tendría ya las pezuñas lastimadas e infectadas y probablemente, dado que así se habría convertido en una carga para los niños gigantes; habría sido sacrificado y comido. Correvientos tembló ante tal inexpresable pensamiento y se olvidó con ello de sus dolores de pezuñas.

-¡Oye, ¿qué pasa?, te estás durmiendo andando! -le increpó Anka.

A pesar de ser más joven que su hermano Enka, le pasaba una cabeza y sus anchas espaldas denotaban que era bastante fuerte. Con su fuerte mano prodigaba a Correvientos una palmada en el trasero añadiendo:

-¡Vamos, corre! ¡Debemos ser puntuales, de lo contrario tendremos problemas con el director!

-Pero si ya voy tan aprisa como puedo, lo que pasa es que mi pata trasera me duele mucho y en la oscuridad no veo nada -se defendió Correvientos.

-¡Cállate ya y sigue!

La queja de Correvientos fue resuelta con otra palmada más en su trasero.

La mayor parte de los gigantes estaban convencidos de que este método era el medio más efectivo en la educación de niños y animales.

* * * *

Según las cuentas de Correvientos, había pasado hora y media cuando advirtió a lo lejos una luz grande. Mirando con detenimiento pudo apreciar que ésta se componía de muchos puntos pequeños de luz.

Poco tiempo después, Correvientos pudo reconocer que los rayos de luz salían de las ventanas de un edificio inmenso y les indicaban el camino a la escuela de adiestramiento.

-¿Qué es una escuela de adiestramiento? -preguntó a sus acompañantes.

-En esta escuela aprenderás a correr rápido, a saltar alto, a tirar de pesados carros y a vencer a tus adversarios en las carreras, en una palabra, aquí en este edificio harán de ti un caballo de verdad.

-Oh, sí, en eso me quiero convertir, en un caballo de verdad, entonces todos me admirarán y me tomarán muy en serio -exclamó encantado imaginándose con los músculos contraídos sacando un pesado carro que accidentalmente había caído en la cuneta.

-Correvientos, el salvador -oía contar a los gigantes en tono admirativo alrededor de la hoguera de él y de su hazaña. Una llamita de alegría bailó en el ensombrecido corazón de Correvientos y le condujo a andar más aprisa hacia el edificio que lo haría tan célebre e importante.

Por encima del portal colgaba, mecido de un lado a otro por un suave viento, un escudo de madera en el que estaba marcada con hierro caliente y en letras grandes la frase siguiente: **"Aprender no es un juego de niños"**.

Cuando Correvientos entró en la sala de recepción con la cabeza orgullosamente alzada y sin embargo con paso inseguro, no se dio cuenta del escudo que por un momento se balanceó por encima de su cabeza. Hasta tal punto atraía su atención la persona que con leve signo del brazo le indicaba entrar.

-¿Pero bueno, quién está aquí? -fue recibido amablemente con una voz sonora. Un flaco gigante, mucho más pequeño que la mayoría de ellos, con unas gafas de níquel sobre la nariz, lo saludó con una sonrisa. El alumno novato miró respetuosamente a su nuevo maestro.

-iDespídete ahora de tus acompañantes! -le ordenó el gigante debidamente vestido con un traje negro.

Tras una corta despedida que no le dolió absolutamente nada, siguió Correvientos al maestro que le precedía a una de las numerosas salas que había provistas de pesadas puertas de roble y en la que tenían cabida alrededor de treinta animales.

En esta escuela se encontraban animales de todas clases y especies. Por aquel lado descubrió Correvientos una lombriz que se esforzaba enormemente en trepar por una cuerda y por este lado llamaba su atención un facóquero con púas en una carrera de huevos.

Todos ellos estaban únicamente ocupados en cumplir las órdenes del maestro y en esforzarse enormemente en satisfacerlo.

Si bien Correvientos se extrañó de ver que todos los animales practicaban los mismos ejercicios sin que se tuvieran en cuenta sus diferentes cualidades, supuso que estaría bien así.

-Seguro que detrás se esconde algún sentido más profundo que, por mi inexperiencia, de momento soy incapaz de ver -sacudió Correvientos sus dudas.

¡Claro que el ágil y rápido mono ganaba por varios largos a la lombriz torpe en trepar para llegar a lo alto de la cuerda.

- Al chimpancé una buena nota por haber realizado el ejercicio tan perfectamente. A la lenta lombriz una mala nota por entretenerse - percibió Correvientos el fallo del maestro.

- Oye, tú, ¿cómo te llamas? - preguntó seguidamente el maestro de las gafas de níquel en la nariz a Correvientos.

- Me llamo Correvientos y tú, ¿cómo te llamas?

Al preguntar Correvientos por el nombre del maestro fue interrumpido bruscamente.

-¡Aquí sólo puedes hablar cuando te manden, de lo contrario esto sería un gallinero!

Correvientos se estremeció. Pero después pensó:

-Sí, claro, con tanto ruido no comprendería lo que el sabio gigante nos quiere decir.

Esto atenuó un poco el susto que le había acometido al ser reprendido tan rudamente por el gigante al que había dirigido la palabra.

-Siéntense primero, -volvió el maestro a estar amable- en algunas de las cosas que aquí aprenderán, de momento, no verán el sentido, pero con el tiempo reconocerán lo necesarias que son.

- Por favor, ven tú adelante y muéstranos el pino - ordenó el gigante al potrillo.

Titubeando, se acercó Correvientos al círculo de la sala que se parecía a una pista de circo y se dispuso a trasladar el peso de su cuerpo a su cabeza.

¡Pobre Correvientos! Al apoyar la cabeza en el suelo, cubierto tan sólo con un poco de serrín, y encontrándose sus pezuñas traseras a media altura en el aire, se torció de repente el cuerpo de Correvientos hacia un lado. Con toda la fuerza se estrelló de trasero en el duro suelo.

Asustados, miraron los animales de alrededor a Correvientos caído en el suelo.

Se levantó tambaleándose hasta que, temblando todo el cuerpo, volvió a estar sobre sus cuatro patas. Sus compañeros de clase reaccionaron por la falta de destreza de Correvientos en diferentes maneras.

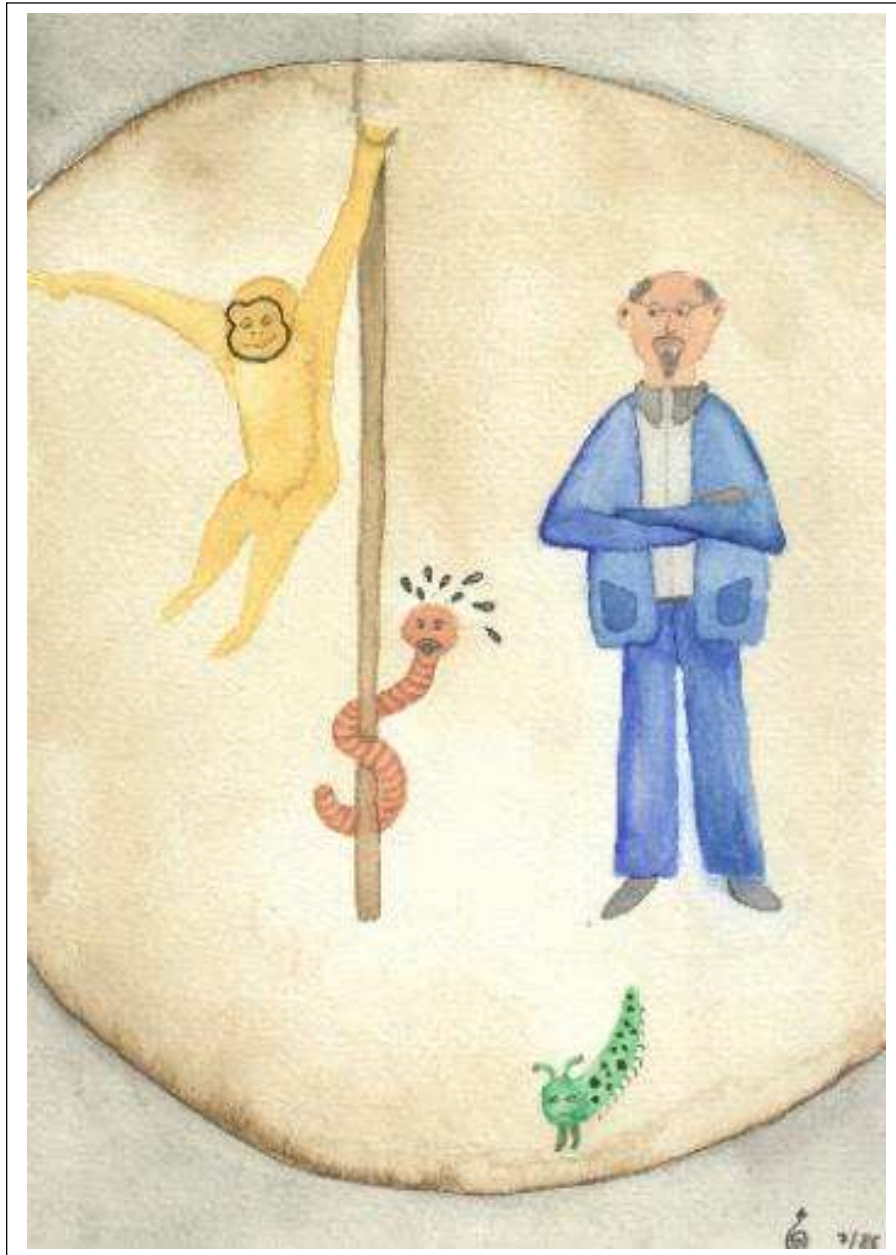
Mientras que la lombriz tan sensible a la luz y el lución se desternillaban de risa con malicia, otros dos potros miraban compasivamente a su congénere caído y otros animales, por su parte, como por ejemplo el facóquero hirsuto, apartaron la mirada con asco, puesto que sabían ya antes del fracasado intento de Correvientos que este caería y se haría daño.

Al principio de estar en la escuela de adiestramiento le habían advertido algunas veces al maestro que ciertos ejercicios eran muy difíciles para determinados animales. O simplemente superfluos puesto que a una oruga, por ejemplo, nunca en su vida se le ocurriría hacer una maroma.

La cara del maestro se ensombrecía cada vez que los animales le exponían el problema y su frente se llenaba de notorias arrugas.

-¡Bueno, si la vida fuese tan simple!- se libraba de las objeciones de sus alumnos y deslizaba sus gafas de níquel unos cuantos milímetros hacia abajo para poder fijar sin obstáculos la mirada sobre sus interrogadores.

- Ustedes son todavía jóvenes e inexpertos. La vida nos lleva a veces por extraños rumbos. Sé que no puedo preparar a cada uno de ustedes contra todos los peligros y problemas que puedan surgirles. Y paseando su seria mirada por todos los alumnos, añadía:



- Pero intentaré confrontarlos con todas las situaciones que podamos dar en el corto espacio de su aprendizaje ya que sólo si las conocen bien, podrán salvarlas.

Insatisfecho con la respuesta, había insistido el facóquero tan ávido de saber en que si la vida no era demasiado diversa y polifacética como para comprimirla en formas fijas y servirla como carne muerta en latas de conservas.

El gigante había expresado claramente su disgusto sobre los arranques filosóficos del facóquero rechazándolo bruscamente.

-Si no te gusta, no puedo hacer nada en contra, pero tú no eres el único aquí y los demás alumnos tienen derecho a no ser perturbados constantemente con tu manía de preguntar, así es que icállate, por favor!

Ni siquiera la palabra por favor en la frase había servido para aplacar el duro y autoritario tono con el que sonó la orden del maestro en la sala.

Intimidado, se había recogido el facóquero detrás de su gruesa piel y desde entonces guardó silencio.

Después de un tiempo, Correvientos se repuso lo suficiente como para poder seguir la clase.

La carrera de huevos no se le daba nada mal. Con el delicado huevo cogido entre sus fuertes orejas, saltaba veloz hasta los obstáculos más altos para los que la lenta oruga rastreadora necesitaba no menos de dos horas en salvarlos.

Compasivo, se paró Correvientos en la tercera y última vuelta para echar una mano al multiplés.

-¡Ven, yo te llevo al otro lado, le ofreció su ayuda casi con cariño. La oruga, agradecida, afirmó pero cuando ya tenía la mitad de sus pies cogidos a las crines del potro, se metió por medio la enfadada voz del gigante.

-¿Qué significa esto?, ¿cómo voy a poder juzgar lo que la oruga es capaz de hacer si tú le ayudas con los ejercicios?! Esto es una tentativa de engaño que normalmente es penalizada con una hora de estar de pie callado en la esquina, pero como aún no hace mucho tiempo que estás aquí y todavía no conoces todas las reglas de juego aquí válidas, me haré por esta vez, la vista gorda.

La simpatía de Correvientos por el maestro iba disminuyendo a medida que se daba cuenta de que éste ni permitía que los alumnos se ayudaran mutuamente, ni estaba dispuesto a responder a las muchas preguntas que Correvientos tenía acerca del mundo de los gigantes.

Correvientos comenzaba a dudar que en esta escuela pudiera convertirse en un caballo de verdad.

Los salvadores de Correvientos corren gran peligro

Después del copioso desayuno con café y pan con miel que todos, salvo el ciervo, quien prefirió una porción de castañas, devoraron con un hambre feroz, nuestros amigos continuaron su viaje.

-¿Crees que volveremos a ver al pequeño Correvientos sano y salvo?, preguntó el oso con una mirada llena de preocupación, pues se tomaba siempre los acontecimientos tristes muy a pecho.

-¡Claro que sí! -intentó tranquilizarlo la hormiga- pero si continuas hablando tanto, no avanzaremos jamás.

Esta se había atado con hilos de tela de araña que había encontrado por ahí a la punta más alta de la cornamenta del ciervo para así poder distinguir el camino desde ahí arriba e indicar a los otros animales la dirección a seguir.

-Por ahí, por encima de las colinas tenemos que ir -aseguró tajantemente al preguntar el zorro por dónde tenían que ir.

Algunas veces los aventureros se quejaban del dificultoso camino cuando el sendero se estrechaba o transcurría muy cuesta arriba.

Por encima de esas cosas, la hormiga obrera de la especie de las hormigas rojas infundía valor a sus compañeros.

Después de haber dejado la colina tras de sí, fueron a parar a un frondoso bosque.

Los árboles estaban tan juntos entre sí que era casi imposible que algún rayo de luz finalizara su trayecto en el rocoso suelo. De sus ramas colgaban cabeza abajo muchos murciélagos que al ciervo, al verlos, le pusieron los pelos de punta.

De repente, la tierra empezó a temblar bajo sus pies y asustados comenzaron a mirar en torno suyo.

Era muy poco lo que pudieron reconocer, pero eso que hacía que la tierra bajo sus pies se estremeciera y que poco después apareció justamente delante de sus narices, parecían ser pies gigantescos.

-¡Socorro, socorro, fuera de aquí rápidamente! -gritó la hormiga al descubrir desde su atalaya a una mofeta que escapaba corriendo por miedo de morir. Si la mofeta, bien provista de armas para defenderse, huía del desconocido, esto significaba un gran peligro.

Pero antes de poder dar un paso adelante, sentían cómo fuertes manos los sacaron violentamente de la oscuridad del bosque y los lanzaron en una penumbra incluso más lúgubre y desconocida. Durante mucho tiempo les circundó la oscuridad. Cuando por fin

-probablemente habían pasado las horas de un día- fueron sacudidos fuera de su tenebroso encierro, se vieron rodeados de lobos, perros, gatos, caballos y otros.

-¿Dónde estamos? -preguntó el zorro a un perro yaciente amedrentado.

-¿Que dónde estás? -se asombró el perro- ¿de veras que no sabes dónde estás?

Al ver que el zorro negaba firmemente con su rojiza cabeza, continuó: -Este es el matadero de los gigantes. Todos los animales que han capturado son matados aquí, después vendidos y finalmente comidos.

Pobre zorro, ¿realmente iba a terminar así su corta vida? ¿Y qué iba a ser de Correvientos si sus salvadores finalizaban en la olla de uno de los gigantes?

De un cuarto cercano se podían oír los gritos de miedo de los animales que, puestos en un tarugo de madera, esperaban a que a sus cortas vidas se les diese un súbito fin.

Después reinaba el silencio un ratito hasta que el animal siguiente era arrastrado a la cuña de sacrificio y gritaba por su vida.

-Oye, zorro, tú eres con seguridad el más listo de todos nosotros y a ti siempre se te ocurre algo. ¿No tendrás una idea de cómo podríamos salir de aquí? -suplicaba la asustada hormiga al zorro.

A pesar de estar también bastante confuso, el zorro intentaba conservar la calma.

Presuroso echó una ojeada en torno de la habitación donde se les tenía cautivos y de la que no parecía haber escapatoria.

El único foco de luz en la gigantesca sala era un fuego que ardía débilmente en una chimenea y cuya claridad sólo dejaba reconocer una puerta y aquellas pesadas cortinas que colgaban de las paredes.

Pasó un rato hasta que al zorro se le ocurrió una posibilidad de salvación mientras los otros animales se acurrucaban amedrentados en las esquinas y, entregados al destino, esperaban su fin.

-Queridos amigos, la puerta es de hierro macizo -dijo por fin el zorro- por ella no podremos huir, pero tal vez...

Se paró en medio de la frase al percibir un ruido con su delicado oído que le parecía como el descorrer de un pesado pestillo de puerta.

Efectivamente, apareció un gigante fornido que echó las manos al tropel de animales atemorizados y pescó una mula como víctima siguiente. Después de que éste cerrara de nuevo la puerta tras de sí, prosiguió el zorro movido por lo que había visto.

-Tenemos que salir de aquí y cuanto antes mejor. Y dado que por la puerta cerrada no podemos escapar y que no hay ventanas, sólo nos queda una posibilidad que, sin embargo, no está exenta de riesgo.

-¿Y qué remedio nos queda, si no queremos que nos maten? -opinó la hormiguita, que era la que menos tenía que temer, de la propuesta del zorro.

-¿Qué tenemos que hacer? -quiso saber del zorro el ciervo perdiendo la paciencia.

-¿Quién de ustedes tiene manos insensibles al fuego? -preguntó el zorro lleno de esperanzas a los animales que lo rodeaban.

Se hizo el silencio durante algún tiempo y luego, desde el ángulo más lejano, tomó la palabra la tortuga.

-Yo puedo meter la cabeza en mi caparazón y mis patas están protegidas contra las brasas por una espesa capa córnea. Yo me haré cargo de la misión.

Aunque no había tiempo para poner en duda el valor de la tortuga, no pudo reprimirse el cerdo de gruñir: -¡Que viva, viva la tortuga! - sin pensar en ese momento en el peligro que corrían las vidas de todos ellos.

¿Qué planeaba el zorro?

-Colóquense todos cerca de la puerta y en cuanto el gigante la abra, salen disparados y se dispersan en todas las direcciones -informó el fraguador de planes a los animales que concebían esperanzas, sin entrar en muchos detalles sobre lo que tenía previsto.

Y dirigiéndose a sus acompañantes, dijo:

-Nos encontraremos en el portal del mar de rocas cuando el Sol sea absorbido por la oscuridad del bosque.

Entonces le dio a la tortuga la señal de empezar a cumplir con su cometido. Con cuidado se acercó ésta a las muy calientes brasas del fuego y con sus bastas manos agarró un leño en ascuas de la pila de leña. Tan rápido como su pesado caparazón, en el que mantenía escondida su cabeza, le permitía, se fue hacia la puerta. Una vez llegada allí puso durante poco tiempo el madero entretanto llameante en una de las fácilmente inflamables cortinas.

Ya después de pocos segundos habían comenzado las llamas a abrirse camino hacia arriba comiéndose la cortina.

El techo de pesadas vigas de madera se incendió con sorprendente rapidez y los asustados animales intentaron protegerse para no aspirar el espeso humo que se estaba formando poniéndose sus patas, pezuñas o los pañuelos que encontraban por allí delante de sus bocas. Al mismo tiempo chillaban, relinchaban o gritaban para llamar la atención del gigante sobre su desesperada situación.

En esos momentos que el gigante se vio molesto por el impetuoso clamor de los animales estaba comiendo y engullendo su comida favorita: cochinito asado.

-¡Dichosos animales, nunca dejan a uno en paz! ¿Qué es lo que pasa ahora? -exclamó enfurecido golpeando tan fuerte con el puño en la mesa que los cochinitos asados se levantaron del plato y danzaron por un momento en el aire.

¿Qué era eso?

Por las grietas de la pesada puerta de hierro había salido humo y se extendió con rapidez por todo el edificio. El gigante comprendió enseguida y para alcanzar el foco del incendio y apagar el fuego, se apresuró hacia la puerta, descorrió el pestillo y la abrió de un golpe.

-¡Rápido, corran, afuera! -exclamó el zorro gritando a todo pulmón para dominar con su voz los gritos de miedo de los animales.

Pero los animales habían comprendido ya que el gigante les proporcionaba un camino de fuga al abrir la puerta.

Y mientras éste estaba completamente ocupado en tragarse las llamas para así poder extinguirlas, corrieron los animales, que ya se habían visto bien preparados y guarnecidos en la mesa de los gigantes, camino de la libertad.

En el portal del mar de rocas

Al día siguiente el mundo ya se presentaba mucho menos hostil. El Sol advirtió a los animales con un afable "Buenos días" que era hora de levantarse. Teniendo en cuenta el poco tiempo del que disponían, renunciaron a su ritual favorito de desayunar café y pastas dulces y, después de haberse refrescado un poco la cara con agua, se sentaron juntos a deliberar cómo continuarían actuando.

El mar de rocas era un caso muy particular, dado que llegar a él por el portal de rocas, no presentaba ninguna dificultad pero, salir de él era casi imposible.

Algunos animales del lugar habían intentado advertir a nuestros amigos en el transcurso de la fuga del matadero de los gigantes de no elegir este punto de encuentro pero los altos chillidos de miedo de los animales lo habían impedido. Y así, sin saberlo, los salvadores de Correvientos junto a otros muchos animales fueron a parar a una trampa que no parecía tener salida.

-Frente al portal de rocas se encuentran siete peñas que todos los que quieran salir del mar de rocas tienen que superar -explicó un facóquero a los animales de fuera-, pero no es nada sencillo porque en cuanto uno ponga un pie sobre una de esas peñas, ésta se hunde inmediatamente en la tierra y arrastra en su remolino a la criatura que se encuentre sobre ella a una profundidad de la cual nadie ha regresado hasta hoy. Posteriormente la roca vuelve a erigirse en el lugar donde estaba.

El facóquero hizo una pequeña pausa antes de continuar en tono serio.

-No obstante, existe una posibilidad de superar las rocas que sean imposibles de esquivar pero quien quiera conseguirlo tendrá que disponer de una increíble elasticidad, rapidez y tenacidad pues, alrededor de cada una de las peñas, acecha la pantanosa ciénaga que arrastra a todo aquél que permanezca más de dos alientos sobre la roca, y junto a ésta, a la profundidad y los devora ruidosamente.

Si uno de nuestros valientes se atreviera a dar los enormes saltos entre peña y peña, no podrá hacer ni una pausa de un segundo para descansar entre ningún salto sino que deberá prepararse inmediatamente para el siguiente salto -finalizó el facóquero sus explicaciones.

-¿Pero, cómo le van a seguir los demás animales? -objetó el zorro pensativo.

-Ejem... -carraspeó confundido el animal de cerdas-, reconozco que espontáneamente no se me ocurre ninguna solución.

Presurosa, izó la hormiga una paja y la movió de un lado a otro para que se la pudiera ver entre la multitud de animales grandes.

-Yyo, yyyo, yyo -tartamudeaba de tanto empeño-, tengo una idea. ¿Qué tal si nuestro salvador o salvadora llevara consigo una sogá con la cual nosotros ataríamos un cabo a este árbol y nuestro rescatador ataría el otro cabo a un árbol alto fuera del mar de rocas? Entonces nos resultaría fácil suspendernos camino a la libertad.

La propuesta de la hormiga gozó de general aprobación. Sin embargo, el zorro hizo alusión a que no tenían sogá. La astuta hormiga no tardó en dar contra.

-¿Acaso ya no recuerdas con lo que yo me até a la cornamenta del ciervo? Está claro que esta vez deberá estar compuesta de cientos de esos hilos para que pueda soportar también al graso oso.

Nuestra hormiga ignoró intencionadamente el dedo en alto del oso pardo que este levantó como protesta cuando ella lo caracterizó de ligero sobrepeso. Y dirigiéndose a las numerosas arañas que había por allí, rogó:

-Comiencen rápido la tarea pero háganla con atención, pues del hilo que ustedes tejan, dependen nuestras vidas.

De un rincón a la sombra avanzó titubeante una gacela delgada pero equipada de fuertes músculos que miró a los asombrados animales con sus profundos ojos marrones.

-Me gustaría intentarlo -dijo cuando le preguntaron el porqué había avanzado.

Las caras de los animales se iluminaron y con alegría estaban a punto de aceptar la oferta de la gacela cuando el zorro les interrumpió.

-No, no -rechazó este- es cierto que le hace honor el que quiera intentarlo arriesgando su vida en ello pero es muy peligroso. Sin duda, ella dispone de suficiente capacidad para saltar, elasticidad como para salvar el abismo entre las rocas, pero ya tras la cuarta roca estaría tan cansada que se hundiría de mísera manera en la ciénaga. Y, aparte de la falta de tenacidad, deberíamos pensar también en que sus cuernecitos no tienen la suficiente fuerza para soportar la enorme tensión de la sogá cuando se tense al final del recorrido.

El oso, reconocido, puso su zarpa alrededor de su cuello y la consoló con las palabras: -A mí me parece que eres la gacela más valiente del mundo entero.

Seguía sin haber un animal capaz de sacarlos de la difícil situación en la que se encontraban y estaban a punto de abandonar.

Entonces el ciervo se acordó de la promesa que había hecho al pequeño Correvientos al nacer éste.

Con su rapidez y tenacidad lo salvaría en caso de que cayera en peligro y ahora había llegado ese momento.

Ahora era la ocasión de cumplir su promesa y no sólo salvar a Correvientos, sino también a otros muchos compañeros.

-Yo lo intentaré -se ofreció él a hacerse cargo de la misión y reconoció en el brillo de los ojos de los animales lo mucho que se alegraban de su valor.

Dado que el zorro esta vez no tenía nada que objetar, se hicieron todos los preparativos necesarios para la gran misión.

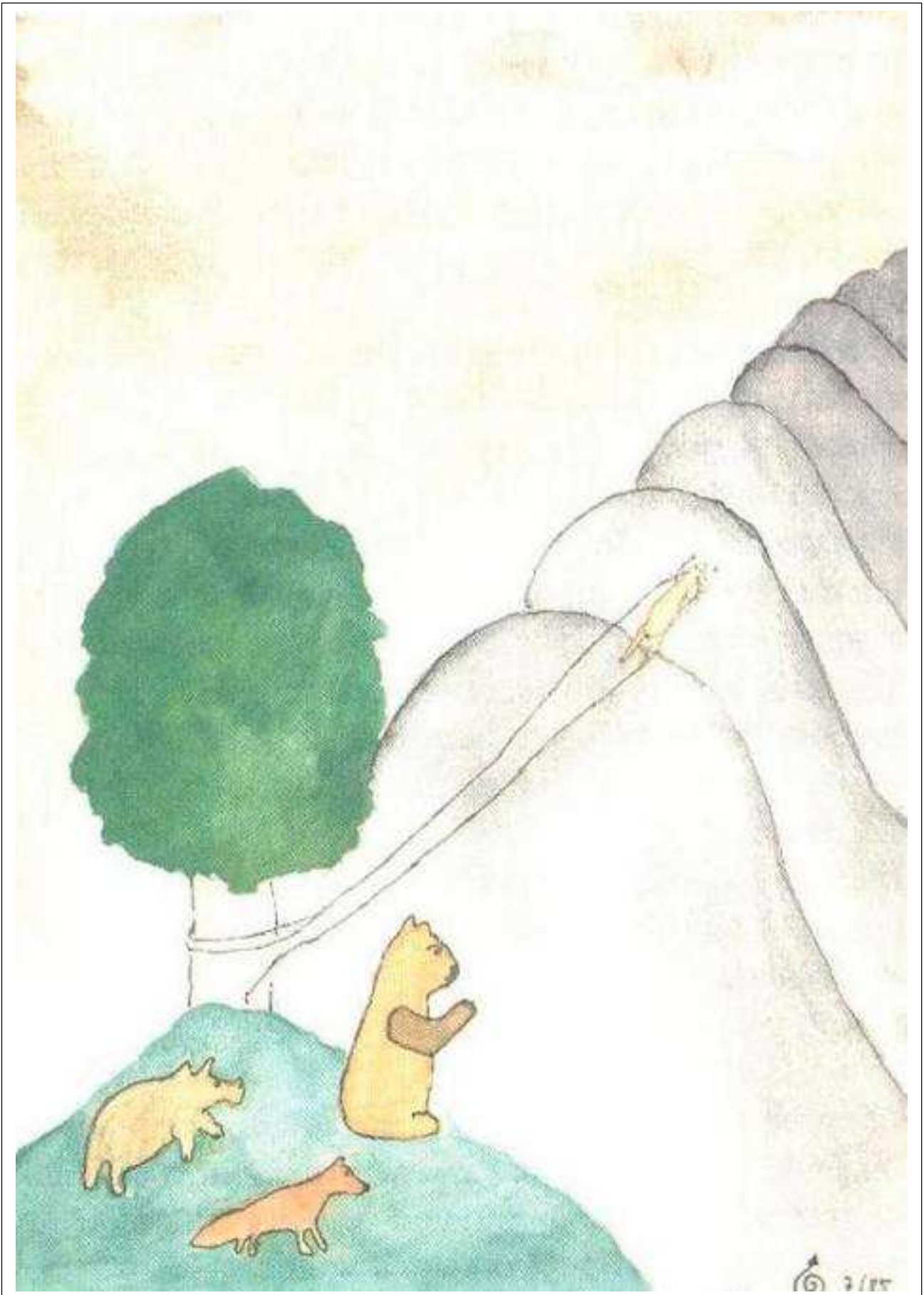
Entretanto las arañas habían tejido varios cientos de fuertes hilos que ahora, con ayuda de las laboriosas trabajadoras de la especie de las hormigas negras que vivían en el país de los gigantes, se trenzaban en una gruesa e irrompible soga.

Para facilitar que el hidalgo del bosque pudiese tomar la más larga carrerilla posible y sin impedimentos, los animales acostumbrados a realizar trabajos pesados, como los burros y los bueyes, retiraron de un recorrido de varios cientos de metros todas las rocas más pequeñas que lo obstruían.

Un joven chimpancé trepó con agilidad al ciervo y sujetó con destreza la soga de hilos de araña a la fuerte cornamenta haciendo varios nudos. El oso tuvo que llamarle la atención a continuación para que se bajara del ciervo, ya que, aventurero como era el mono, quería quedarse arriba y acompañarlo en su peligroso cometido.

En contraste a otras despedidas, esta vez no hubo vítores ni bravos pues todos los animales sabían muy bien cuán peligroso iba a ser el atrevimiento del ciervo.

Mudos se colocaron a lo largo del camino por el que el ciervo pasaría velozmente.



Todos ellos temían que la fuerza del ciervo lo abandonara, que la sogas se trabara entre las rocas y ellos quedarán atrapados entre la vasta estepa del mar de rocas donde no podían encontrar comida. El ciervo fue pasando despacio por delante de los animales al dirigirse al comienzo del recorrido, donde se paró y respiró una vez más profundamente.

A los primeros pasos sosegados con los que inició su carrera, les siguieron saltos fuertes, briosos que finalizaron en brincos de gran alcance. Toda la tensión acumulada durante la larga deliberación se descargó en una fuerte y tempestuosa carrera y terminó en un poderoso salto a la primera roca. A los animales espectadores les había parecido éste inalcanzablemente lejano pero cuando vieron la elegancia con que el ciervo saltaba el cenagal, albergaron esperanzas en continuar con su salvador.

Tras la segunda roca lo perdieron de vista ya que la niebla que había por encima de la ciénaga no dejaba divisar la tercera roca. Llenos de esperanza, los animales cambiaron la vista del portal de rocas a la sogas para, en caso de que la acción tuviera éxito, no perderse el momento en que la sogas se tensara abriéndoles de este modo el camino a la libertad.

Nadie se imaginaba exactamente el tiempo que esto iba a tardar y sólo el zorro osó, después de un rato, hacer un cálculo que evidentemente resultó erróneo.

De repente, el facóquero dio un brinco y señaló con fuertes movimientos de su trompa hacia la sogas. Se había movido y tensado con la velocidad del viento, colgando ahora tensa por encima de las cabezas de los animales.

-¡Lo consiguió, viva, lo consiguió! -se alegró el oso y la gacela expresó su alegría incontenible dando saltos salvajes en el aire.

-Tenemos que darnos prisa -amonestó el zorro al resto de los animales. Lo mejor será que vaya la hormiga primero, pues ella es la que puede sujetarse con mayor facilidad a la sogas e inspeccionar con la mayor rapidez el camino para ver si hay obstáculos. Cuando haya vuelto y nos muestre que el paso está libre, podrán seguir los demás animales.

¡Dicho y hecho!

La hormiga, para la cual el camino de inspección fue como un paseo, regresó poco después contando de su número en la sogas y lo que al otro lado de ella esperaba a los animales.

Los animales se pusieron en camino con evidente curiosidad. Al facóquero le resultaba bien difícil guardar el equilibrio sobre la sogas tambaleante mientras el mono jugueteón se divertía dando un salto tras otro.

Al poco tiempo todos los animales habían abandonado el mar de rocas y habían ido a parar a un sitio que, si bien no ofrecía mucha comida, se podía salir de él con facilidad.

Así muchos animales determinaron regresar a sus antiguas tierras o irse a tierras nuevas más fructíferas.

Seguramente que ahora pensarán que el impedimento más grande para salvar a Correvientos de las manos de los gigantes ya estaba salvado, pero eso no es así.

La mayor dificultad que nuestros amigos tienen que superar para conseguir esto está todavía ante ellos.

Es de naturaleza completamente distinta de las de hasta ahora y, en realidad, es Correvientos el único que la puede resolver.

Pero léanlo ustedes mismos.

Inka se arrepiente

Nuestros cuatro amigos, el ciervo, el oso, el zorro y la hormiguita, recorrieron dos días enteros el país de los gigantes en búsqueda de Correvientos. ¡Para nada!

Generalmente no tenían mucho que temer de los gigantes de no ser que se toparan con un carnicero o con uno a quien le gustase capturar animales y encerrarlos en jaulas.

La mayoría de los gigantes apenas se preocupaban de las minúsculas criaturas que a veces pasaban disparadas entre sus piernas.

En la mañana del tercer día sucedió que nuestros buscadores tenían mucha hambre y se pusieron a buscar algo de comer.

"Allá atrás hay una higuera", anunció la hormiga que otra vez se había colocado encima del ciervo y atisbaba el camino. Muertos de hambre como estaban, se precipitaron en dirección a la higuera para de repente quedarse clavados en el suelo.

¿Qué era eso?

Debajo del árbol lleno de tentadores frutos dormía un gigante, para ser exactos, una niña gigante. Era Inka, que después de un copioso desayuno con higos y carne de conejo, se había echado a dormir debajo del árbol que con su frondoso techo de hojas la protegía del Sol cada vez más abrasador. Como no se había dado cuenta de la llegada de los animales, seguía durmiendo pacíficamente.

-¡Se acabó el sueño! -pensaba el decepcionado zorro a punto de abandonar el prometedor sitio de comida cuando oyó al oso, ya bastante afectado por el hambre, proponer algo fuera de lo común.

-¡Intentemos dirigirnos a la niña gigante! ¿Quién sabe? A lo mejor no nos hace nada. Tal vez incluso nos ayude a coger los higos del árbol pues de todos modos para nosotros están a una altura inalcanzable.

El estupor inicial de sus compañeros frente a la extraña propuesta del oso de entregarse sin defensa en manos del presunto enemigo dio lugar con el tiempo y con un hambre que cada vez era mayor, a inclinarse por intentarlo realmente.

Valiente, el ciervo se mostró dispuesto a acercarse a Inka y pedirle ayuda.

Con suavidad le dio un empujón con su cornamenta a Inka en el lado, a lo cual la niña gigante reaccionó levantándose amodorrada y frotándose los ojos sorprendida al descubrir la pequeña criatura a su lado.

-¿Eres tú quien me despertó? -preguntó al ciervo, quien consideró que su voz sonaba alta pero en realidad amable.

-Sí, tengo un hambre atroz -contestó el ciervo.

-Espera, les voy a agarrar a ti y a tus amigos algunos higos del árbol, -respondió para su asombro la niña gigante.

Y a los animales que estaban esperando un poco apartados, les aseguró: -No les voy a hacer nada, ¡vengan, acérquense!

¡Increíble!

La niña gigante de la que tanto miedo habían sentido, se mostraba amable y además, les ofrecía de comer.

Nuestra hormiguita aceptó agradecida un fruto partido que Inka le había dado agachándose hacia ella hasta muy abajo y empezó a devorarlo con un hambre feroz.

-¿Qué buscan aquí en el país de los gigantes? -preguntó Inka con curiosidad a sus nuevos conocidos.

-Estamos buscando a nuestro amigo Correvientos que fue arrastrado por la corriente del río al país de los gigantes, y nosotros hemos prometido rescatarlo -fue informada por el zorro que en ese momento mordiscaba uno de los frutos.

-A lo mejor lo has visto -supuso el oso-, se trata de un potrillo, muy alegre, con un cuadrado romboidal en la frente y que cojea un poco de la pata trasera derecha.

Inka reconoció conocer a ese potro y también se había dado cuenta de que cojeaba un poco de la pata trasera derecha en el trayecto del duro camino a la escuela de adiestramiento.

Precisamente por eso le había dado pena cuando Enka le había hecho avanzar más rápido a golpes.

Así es que este era Correvientos.

A Inka no le resultó fácil contar que también ella había tratado algunas veces cruelmente a Correvientos, hablar de las carreras que le obligaban a hacer, de las pesadas herraduras que le pusieron y finalmente, aunque con buena intención, de cómo lo habían mandado ir a la escuela de adiestramiento.

Mientras contaba todo esto, arrepentida sentía sobre sí el mudo reproche de los animales.

¿O acaso interpretaba falsamente el estremecerse de los animales al contar de los latigazos que Correvientos había tenido que soportar?

-¿De verdad has tratado a nuestro amigo con tal crueldad? -preguntó el zorro a la niña gigante mirándola con incredulidad.

Por primera vez sintió ella una extraña sensación al pararse a pensar lo que debía haber sentido Correvientos cuando los niños gigantes lo trataron tan indignamente y le pegaron.

Y al pensar en la manera que también ella lo había utilizado para sus propios fines haciéndole competir contra otros caballos y, al igual que sus hermanos, enfadándose después terriblemente si Correvientos salía mal de la carrera.

Bueno, si los niños gigantes hubiesen organizado entre ellos una competencia en lanzamiento de piedras, entonces, en el caso de ser ella la perdedora, podría haberse enfadado consigo misma.

Pero Correvientos, algo que ahora veía con claridad, era una criatura con voluntad propia, con sentimientos propios y capaz de pensar por sí mismo y no estaba en el mundo para satisfacer el anhelo de notoriedad de los niños gigantes.

El sentimiento de haber cometido una gran injusticia con Correvientos se convirtió en abrumadora certeza mientras hablaba con los animales.

Inka estaba avergonzada.

-Me gustaría intentar enmendar lo hecho -dijo a entender Inka a sus nuevos amigos-, los conduciré hacia él y además los ayudaré a liberarlo de la escuela de adiestramiento.

Tal vez pueda apoyarlos también cuando huyan del país de los gigantes”

Con cuidado, fue agarrando a los animales uno tras otro en su mano, desde donde tenían buena vista, y despacio se puso en camino hacia la escuela de adiestramiento.

El titubear de Correvientos

¿Cómo se hubieran podido imaginar los cuatro animales que se habían puesto en marcha para salvar a Correvientos lo difícil que iba a ser convencerlo de la necesidad de su regreso?

Inka los condujo por abandonados valles y por calles pedregosas y polvorientas camino de esa escuela donde pretendían hacer del potrillo un verdadero caballo.

Descubrieron a Correvientos en el patio de recreo de la escuela mordisqueando pensativamente una hoja de col, rodeado de multitud de animales. En el primer momento de ver acercarse a sus amigos no podía dar crédito pero después empezó a galopar con tanta velocidad como pudo hacia ellos. Sin embargo, se vio obligado a pararse unos dos metros antes de llegar a ellos; el patio de recreo estaba circundado por una verja.

-Correvientos, por fin hemos dado contigo, si supieras lo que te hemos echado de menos.

El oso acariciaba el cuello de Correvientos por la verja, con lágrimas en los ojos.

-Oso, zorro, ciervo, qué contento estoy de verlos, les he echado tanto de menos.

Correvientos se estrechó contra la verja que los separaba.

-¿Oye, y yo qué, de mi te olvidas completamente? -se quejó la hormiga desde lo alto de la cornamenta del ciervo.

-Cómo me voy a olvidar de ti, hormiguita, después de haberme contado siempre historias divertidas cuando yacía adormilado en la hierba? Lo que pasa es que al principio no te había visto.

Esto apaciguó a la hormiga perteneciente a la especie de las hormigas rojas.

Y bien, estaban ahora delante de la verja de cuyo lado opuesto se encontraba Correvientos y querían planear su huida con él. Detrás del caballito retozaban otros animales en el patio de recreo.

-Correvientos, tu madre estaba totalmente desesperada cuando desapareciste de repente -contó el zorro apasionadamente relatando también lo triste que todos los animales se pusieron al enterarse del infortunio de Correvientos. Lo tanto que habían mirado por el río a ver si lo veían o cuánto habían anhelado recibir alguna señal de vida de él.

Mientras contaba el zorro de lo suyo, tuvo la sensación de que Correvientos no tenía intenciones de escaparse de la escuela y de abandonar el país de los gigantes. Algo parecía detenerlo.

¿No puedes entenderlo?

¿Ahora que podría huir junto con sus amigos se quiere quedar en el país donde tan malos tratos ha sufrido? La verdad es que es difícil comprender por qué Correvientos no da un salto por esa verja que no es muy alta y desaparece con sus amigos.

Dejaré que el pequeño Correvientos hable por sí mismo para que puedan entenderle mejor.

-Siento que mi madre haya sufrido tanto por mi imprudencia -dijo Correvientos.

-¡Ven, vamos, Correvientos, salta por la verja y vente con nosotros a casa. Todos tus amigos no hacen otra cosa que esperar tu regreso -exigió la hormiga impacientemente.

Ella era la más sorprendida de que ahora, después de haber preparado todo para su huida, ésta fracasaría a causa de las dudas de Correvientos.

-Todavía no puedo abandonar la escuela e irme con ustedes, pues aún tardará algunos años hasta que me convierta en un verdadero caballo que sea respetado por los gigantes.

Cuando el convencido alumno se percató de que su argumentación no tenía buena acogida por parte de los demás animales, añadió:
-Además está prohibido abandonar la escuela durante las clases.

-Esto es el colmo -gruñó el oso esforzándose en no gritar para no atraer la atención del maestro sobre el grupito conspirador.
Inka se había colocado con sus piernas delante de los animales, de tal forma que el maestro que vigilaba el recreo no pudiese verlos.

-¿Desde cuándo acatas órdenes y prohibiciones? -quiso saber el ciervo del potrillo.

-Correvientos -acosó el zorro al que se estaba haciendo caballo-, ¿tan poco te acuerdas de nuestra convivencia en nuestro país? ¿Alguna vez hemos dado órdenes o dictado prohibiciones? ¿O acaso eres capaz de pensar que habría habido un solo animal dispuesto a obedecer una orden por propia voluntad?"

Correvientos, interrogado de este modo, reflexionó brevemente antes de contestar:

-Sí, pero también nosotros teníamos reglas de juego que los animales tenían que respetar.

-No, nadie nos obliga, estas reglas las respetamos por propia voluntad ya que todo animal puede participar en la decisión sobre si le gustan éstas o preferiría otras.

Por otro lado, para todos es una cosa totalmente natural respetar la libertad de los demás animales.

¿Con qué motivo me haría daño el zorro si desde su nacimiento no ha experimentado otra cosa más que respeto y cariño? Claro que en sus alocadas travesuras ya me ha mordido en la pierna pero nunca con mala intención. Y la cosa queda zanjada y olvidada al pedirme perdón.

El gran amigo de Correvientos, el ciervo, creyó que podría influir en la determinación de Correvientos evocando recuerdos pero su intento fue en vano.

De repente, el Sol que, por detrás pasando por encima de la cabeza de Correvientos, había iluminado a los cuatro animales delante de la verja de rejas, se oscureció.

Era el maestro de las gafas niqueladas que al acercarse oscureció la luz solar.

Le había entrado curiosidad por saber de qué tenían que hablar Inka y Correvientos en la puerta y por eso se acercó dirigiéndose a Inka:

-¿Ha ocurrido algo? Tienes aspecto de muy preocupada y también tu caballo parece algo intranquilo.

A Inka tenía que ocurrírsele rápidamente una disculpa para que el maestro no sospechara nada que pudiese conducirlo a mirar tal vez con más atención y descubrir a los animales escondidos detrás de ella.

-¡Bah!, sólo le he traído algo más de pan porque esta mañana se le dio muy poco y además he tenido que recordarle que pronto tendrá que volver al herrero para que le clave herraduras nuevas -engañó la niña gigante al maestro intentando ocultar su turbación como podía.

El gigante, sorprendido de que Inka se interesara por el bienestar de Correvientos, sacudió la cabeza diciendo únicamente: -¡Bueno, bien! y volvió a entremezclarse con la multitud de alumnos en el patio.

Una vez más había acabado bien la cosa.

Los suspiros de alivio de los animales al ver que el gigante se había vuelto a ir, se oyeron notablemente.

Pero el que más había temblado fue Correvientos al tener al maestro tan cerca de él. Apenas se había atrevido a mirarle a los ojos. ¡Cuánto había cambiado Correvientos!

Ahora comprendían sus amigos el porqué Correvientos no tenía ganas de recuperar su libertad.

-Correvientos, pero si tienes miedo del maestro -dijo el zorro siendo el primero en recobrar el habla.

-¿Es esa la razón de que hagas todo lo que te exige?

Al potrillo no le resultó fácil confesar su miedo.

En el país de los gigantes se burlaban de los animales que reconocían abiertamente su miedo y a Correvientos le daba un vuelco el corazón cada vez que los otros animales o el maestro lo señalaban con el dedo para mofarse de su "cobardía", como ellos le llamaban.

-¡Miedoso, gallina! -había tenido que escuchar Correvientos muchas veces causándole esto gran tristeza.

Ya casi ni se atrevía a exteriorizar sus sentimientos y algunas veces tenía la impresión de no poder sentir ya nada.

En el corro de sus amigos salió un poco de su reserva.

-Sí, zorro, llevas razón, tengo miedo al maestro. ¿Sabes?, ya me ha puesto en ridículo a menudo ante los otros animales y encima a veces me juzga injustamente. A mí y a los demás nos trata casi siempre con bastante frialdad, con sus alumnos favoritos sí es amable.

A lo cual alegó el oso:

-En nuestro país no existe ningún edificio donde uno sea el jefe y los otros tengan que bailar al son de su música o alguien que sin pedirle su opinión juzgue lo que vales o lo que sepas. ¿A qué te refieres en realidad cuando dices que quieres que se te convierta en la escuela en un verdadero caballo?"

El oso, que hasta ahora se había mantenido en segundo plano, esperaba pacientemente una respuesta a su pregunta.

Mientras Correvientos reflexionaba, el oso añadió:

-Con nosotros siempre fuiste un verdadero caballo. Gozabas de la misma libertad que los otros animales. Hombre, por supuesto que te queremos pero eso no es todo. Siempre te hemos respetado y aunque aún eras tan pequeño y tan joven, en nuestra comunidad siempre pudiste elegir tu propio camino.

Correvientos recordó la convivencia con sus amigos, sus juegos traviesos en la hierba y las agradables noches alrededor de la calurosa hoguera.

El oso tenía razón, jamás nadie le había discriminado a causa de su corta edad o su poca fuerza física. El oso había retenido su fuerza con generosidad cuando jugaban y tampoco la lechuza, que sabía mucho más que él, le había transmitido alguna vez la sensación de ser un caballo incompleto.

Cuando le pedía consejo, ésta intentaba responder complaciente a su pregunta e incluso no había sido raro el suceso de que la lechuza le pidiera a él algún consejo.

Aquí en el país de los gigantes era diferente.

El maestro de las gafas niqueladas por lo general reaccionaba con disgusto a las preguntas de los animales.

A veces, sermoneaba a los que buscaban información con la indicación de que la pregunta nada tenía que ver con la clase, cuyo contenido determinaba sólo él, o decía:

-Si hubieses prestado atención, lo sabrías. Parece que eres corto de entendederas. Tú no vas a llegar a nada. En todo caso no a ser un caballo de verdad.

Cuanto más reflexionaba Correvientos y se acordaba de su pacífica y alegre niñez, más claro veía.

A los ojos del maestro él sólo era una cosa, un objeto.

Si bien en el país de los gigantes a veces se hablaba de un "derecho fundamental de todas las criaturas a desarrollar su personalidad libremente", esto parecía ser válido para los gigantes adultos y los animales que ya habían pasado por un adiestramiento tal.

-Tienes razón -exclamó Correvientos-, sí, tienes razón. Mucho se habla en este país de que hay que respetarse mutuamente pero de la libertad que tanto halagan poco he notado en mi propio cuerpo. Los gigantes están convencidos de que les pertenezco y ese es el motivo de que quieran que yo funcione a su gusto. Estarán satisfechos cuando sea como ellos me quieren hacer. Creo que mis verdaderos sentimientos y mis deseos no les importan.

Al caballito le costó mucho reconocer esto. No era cierto que este adiestramiento fuese imprescindible y para su bien, pero Correvientos había optado en algún momento por creérselo ya que ello le hacía la vida más soportable.

¿Por qué dirigían otros su vida?

-Pues sólo por haberseme olvidado lo que valgo y eso por el simple hecho de existir.

Sus amigos al otro lado de la puerta presintieron que Correvientos iba a necesitar mucho tiempo hasta que sus heridas curasen y su miedo se perdiese.

Además de tener miedo, Correvientos también se avergonzaba.

-¿Por qué -se preguntaba ahora-, he consentido tanto tiempo en vez de huir?

-Ya sabemos lo que nos quieres decir -se le anticipó la hormiga cuando quiso reconocer que él también se sentía responsable-, ¿pero qué habrías podido hacer? Yo creo que hiciste lo mejor que debías.

Correvientos se sintió aliviado al ver que los animales no le hacían reproches sino que, por el contrario, lo miraban comprensivos.

Su corazón cobró nuevo ánimo.

El caballito saltó con un brinco decidido por la verja limitante.

Nadie se había percatado de su fuga.

Correvientos volvía a ser libre.

Durante la huida

En el transcurso del regreso no fue necesario que nuestros amigos tuviesen especial cuidado con los gigantes, pues sólo gigantes con una formación especial, tenían la misión de cazar animales que se habían escapado. A los vigilantes los reconocían ya de lejos por sus camisas azules y de este modo podían esconderse en cualquier matorral. Los demás gigantes no se preocupaban de las pequeñas criaturas que se les cruzaban en el camino, pues tenían en general la cabeza llena de, como ellos pensaban, cosas más importantes.

-¿Cuánto necesitaremos para salir del país de los gigantes? - preguntó Correvientos a la niña gigante.

Inka no quería comprometerse.

-Aproximadamente dos o tres días -calculó.

Era mucho de lo que Correvientos y sus amigos tenían que hablar. Qué tal estaba su madre, quiso saber Correvientos, y si la sabia lechuza continuaba durmiendo tanto tiempo.

-Sí, duerme todo el día y últimamente ha empezado a roncar, pero menos mal que bajito, porque así no molesta mucho al cárabo que tiene su vivienda justo debajo de donde ella duerme cuando éste pinta. El ha empezado hace poco a expresar sus sentimientos en cuadros de colores para relajarse. Por cierto, a mí me parecen muy bonitas sus pinceladas.

El zorro estaba a punto de seguir con su relato cuando de repente divisaron a la distancia, en un valle, una gran plaza en la que se habían reunido cientos de gigantes de todas las tallas y los más diferentes aspectos. Estaban sentados muy aglomerados ante una pequeña colina encima de la cual había amontonados algunos troncos de árboles a modo de pedestal. Sobre esta elevación había un gigante gesticulando fogosamente con sus brazos que parecía estar participando algo a los otros gigantes.

-¿Qué hacen esos allí? Da la impresión de que están deliberando la forma de volvernos a capturar. ¡Vayámonos corriendo antes de que nos vean!

El zorro empezó a correr impetuoso pero Inka lo paró agarrándolo con suavidad entre sus dedos y levantándolo. En vano pataleaba en el aire.

-De esos no hace falta que tengamos miedo. Es una reunión política de los adultos. Parece que están escuchando la charla de un gigante representante.

Miró brevemente hacia abajo a la reunión para ver si había algo especial que descubrir.

-¡Tan aburrido como de costumbre! -afirmó.

Dado que el viento soplaba en su dirección, podían comprender lo que el gigante representante decía a los otros gigantes que se habían reunido a su alrededor.

-Queridos ciudadanos y ciudadanas -exclamaba desde su pedestal-, vuelvo a repetir, paz y libertad son causas que tenemos que defender y para ello necesitamos garrotes modernos. Vivimos en uno de los países más libres que existen y sólo seremos capaces de proteger esta libertad si nos contraponemos al enemigo que está esperando su oportunidad en la frontera al sur de nuestro país.

-¿De qué habla ése? -quiso saber la hormiga con la curiosidad despierta.

-¿Y qué es un gigante representante? -preguntó el oso a Inka, a quién no le resultaba fácil dar respuesta. Por política se había interesado poco hasta ahora.

-Como somos un país tan grande, los gigantes ya no deciden por sí mismos porque no pueden reunirse todos a la vez. Por eso cada cinco años votan a gigantes de los suyos para que actúen en su sentido. A eso le llaman política. A mí todo eso me parece aburrido porque los gigantes representantes siempre prometen el oro y el moro y luego hacen lo que les da la gana. Y los gigantes adultos lo consienten.

-¡Escucha! -interrumpió Correvientos a la niña gigante.

El gigante representante acababa de recibir grandes ovaciones.

-Y mis queridos ciudadanos y ciudadanas, en nuestro país es muy importante la dignidad de todos los gigantes; es el deber de cada uno, sea gigante vigilante o maestro, defenderla. Ante todo que quede claro que no se puede tolerar ningún tipo de violencia.

Correvientos creyó haber oído ya la palabra "dignidad" y quiso saber con más exactitud lo que significaba por lo cual le preguntó a la niña gigante:

-¿Qué es eso de dignidad?, ¿me lo puedo comer o es algo de jugar?

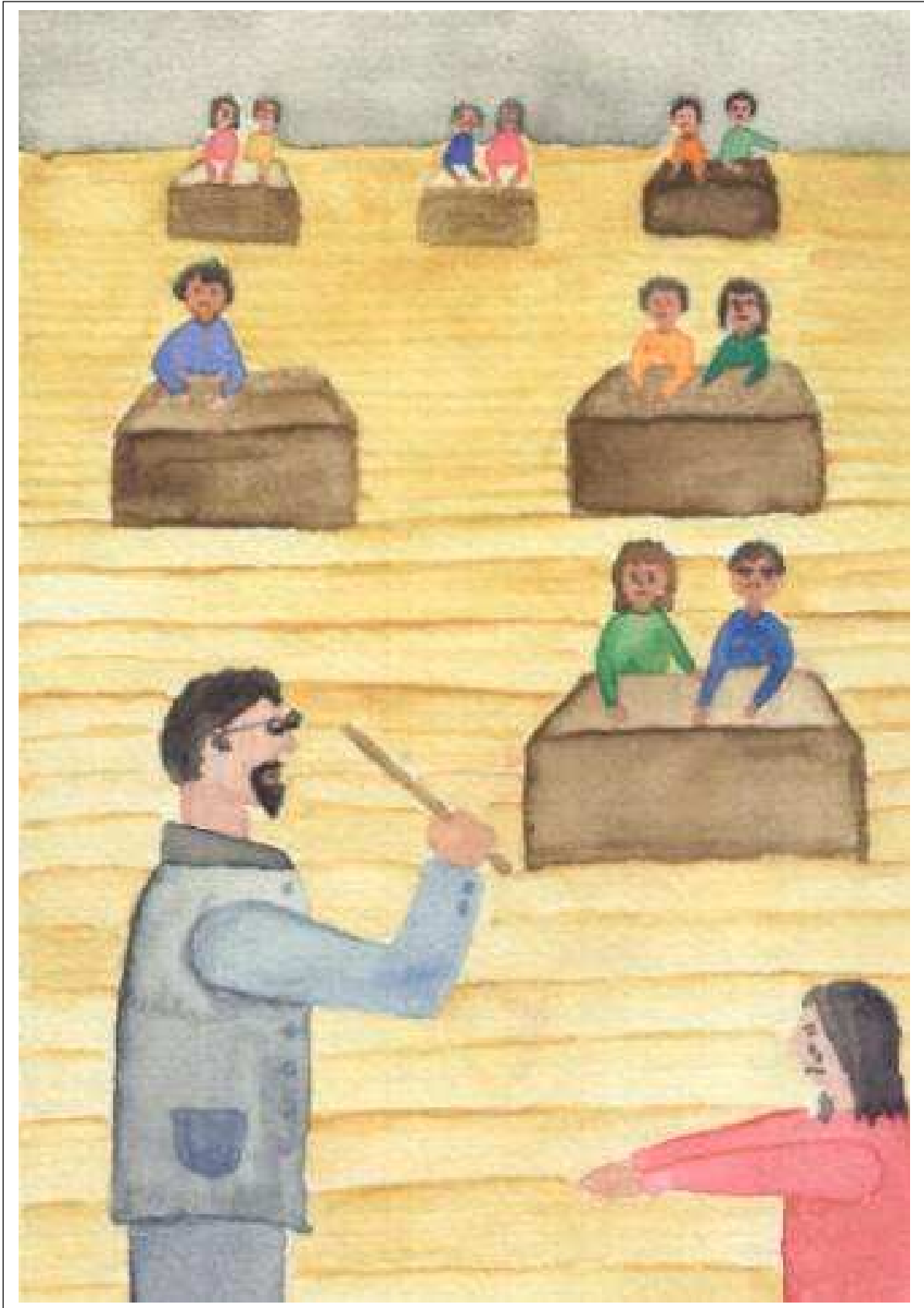
Inka se echó a reír:

-No, la dignidad de un gigante no te la puedes comer ni jugar con ella. Vamos a ver si soy capaz de explicártelo.

Recordaba con mucha claridad la situación en la que había conocido el término de "dignidad":

El sol pestañeaba en aquel momento por las ventanas del aula en la que Inka estaba sentada junto con sus compañeros y compañeras escuchando aburrida las explicaciones del maestro. Este contaba a sus oyentes... bueno, escuchen simplemente por ustedes mismos:

-Nuestra pacífica convivencia se basa en reglas de juego a las que nosotros llamamos leyes y las reglas más fundamentales están estipuladas en la Ley Fundamental -empezó.



-¿Pone también en esas reglas de juego que tengamos que estar aquí dentro con un tiempo tan bueno como el de hoy y escuchar esto? -interrumpió el compañero de mesa de Inka, un gigantito con pecas que a Inka le parecía bastante simpático.

El maestro apenas tuvo en cuenta la intromisión y echó una rápida mirada levemente despreciativa al sabidillo perturbador para seguir con su instrucción.

-La regla fundamental es que no se debe herir la dignidad de otro gigante -expuso con aires de importancia mirando al alumno que acababa de molestarle. ¿No es cierto, Zanka?

Era tan penetrante la mirada del maestro que Zanka no sabía adónde dirigir la suya. Bien sentía que este quería castigarle por su comentario.

-Repito, por tanto, el tratar a otro gigante de una manera humillante no está permitido, es decir, pegarle u ofenderle o herir de algún modo sus sentimientos con premeditación. Y además se estipula que ningún gigante tiene derecho a castigar a otro gigante solo por pensar que este lo tenga muy merecido. Al respecto juzgará un tribunal independiente que estará por encima de los gigantes litigantes. Bueno, ahora vamos a hacer una pausa. Espero, por favor, que hasta mañana hayan aprendido de memoria estas reglas en las cuales se basa nuestra convivencia en libertad.

A la mañana siguiente, ya al principio de la primera clase, el maestro mandó a Inka pasar delante de la clase y decir de memoria las reglas fundamentales aprendidas.

Inka estaba nerviosa por no haber contado con que fuese precisamente a ella a quien el maestro mandara ponerse delante. Sólo se acordaba de algunas partes de la ley fundamental cuyo contenido tenía que citar.

-Todos los gigantes son libres y nacidos con los mismos derechos y dignidad -empezó vacilante.

-Correcto, eso si lo sabes todavía, vamos a ver si te sabes también las otras reglas. Di, ¿cómo es la segunda regla? a ver.

Inka comenzó a tartamudear al ver que el gigante se colocaba ante ella con postura amenazante.

-Si, bueno...yo creo... que todos los gigantes...

Inka estaba a punto de llorar. Se le había olvidado. Pero tal vez era simplemente la situación la que la conducía a tal estado de angustia en el que todo aquello que creía haber aprendido parecía haberse esfumado.

-¡Entonces te lo diré yo, imbécil! Todo gigante tiene el derecho a la integridad física, lo cual significa que nadie le puede pegar."

Enojado, se dirigió a su mesa e Inka se imaginaba lo que iba a pasar.

-Dado que no has hecho tus deberes correctamente como yo te lo había dicho, vengo a castigarte. ¡Estira las manos!

Inka hizo lo que se le ordenó y recibió diez fuertes golpes en los dedos con la dura regla. Ahora ya no pudo contener más las lágrimas. Aparte del dolor físico era sobre todo la humillante situación de haber sido pegada ante sus compañeros y amigos. Y en realidad si se había puesto por la tarde a aprender de memoria las reglas con afán.

El maestro parecía satisfecho.

-Para que te acuerdes en un futuro de que hay que hacer los deberes correctamente. Espero que te acuerdes de lo que duele. ¡Vuelve a sentarte!

Acto seguido llamó a otro alumno al que quería examinar.

-Zanka, ¡ven aquí tú!

Y la función volvió a empezar, con la misma dureza, hasta que el maestro satisfecho cerró una vez más la regla en su mesa.

-Sí, así hemos aprendido en el colegio lo que significa el término dignidad -concluyó Inka su explicación.

El oso se sacudió.

-¡Eso es verdaderamente el colmo!, ¿por qué no te ayudó nadie cuando te pegó el maestro?

Ya sabes que de otro modo el oso es un amigote agradable pero con lo que acababa de oír se puso a millón.

Lo que le enfurecía sobremanera era la forma tan estúpida de comportarse del maestro y el hecho de que éste, sin lugar a dudas, no se atenía en lo más mínimo a las reglas que había dado a aprender a sus alumnos.

Correvientos se había dado cuenta además de otra cosa.

-Al parecer, ustedes los niños gigantes de algún modo son una especie particular de gigantes para los que estas reglas no rigen. ¿A ti tus padres cuando eras niño también te pegaban, no?

Inka afirmó con la cabeza.

-Entonces también tú has sido constantemente herida en tu dignidad y humillada. A mí me parece mal que sus padres utilicen su poder para pegar a sus hijos en vez de ayudarlos a hallar su camino en el mundo.

La niña gigante poco tenía que contraponer. De alguna manera intuía que los animales tenían razón en lo que decían.

¿Pero cómo hubiera podido oponerse al poder del maestro que era el doble de grande y sabía hablar con más habilidad? ¿O a los padres de los que quienes tanto había dependido?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por una ruidosa tempestad de ovaciones de los gigantes que, tensa y atentamente, seguían escuchando al gigante representante.

-Y por eso, mis queridos amigos, tenemos que proveernos de mejores bastones para defendernos contra nuestros enemigos.

-¡Fasca, Fascia! -repetían a voces sin cesar el nombre del gigante representante, al que, visiblemente halagado, se le hinchaba el pecho igual que al gallo la cresta cuando adopta la postura de pelea.

-Parecen muy ávidos de poseer más bastones -dijo la hormiga de manera desenvuelta. Sus comentarios, como ya saben, a veces eran tan cáusticos como el ácido fórmico, pero nunca malintencionados.

-A mí me parece que ya tenemos suficientes bastones, ya ahora tiene que cargar cada gigante cinco bastones en caso de lucha, -opinó Inka.

-Yo, la verdad que no comprendo cómo quieren luchar con cinco bastones.

Decepcionada por la insensatez de los gigantes, se encogió de hombros.

-¿Pero qué voy a hacer yo?

-¿Y por qué no eliges simplemente gigantes representantes que no quieran adquirir más bastones y prefieran utilizar la madera para encender la estufa en invierno? -quiso saber el zorro con más detalle.

-¡Es más fácil decirlo que hacerlo! Pero si nosotros no podemos votar. Somos todavía muy poco razonables e incapaces de comprender la relación de las cosas. Sólo después de alcanzar la edad de dieciocho años dispondremos de la suficiente madurez para poder decidir también.

-Cerciórense por ustedes mismos -dijo señalando con el dedo a la reunión-, de si allí ven a algún niño.

Ciertamente no había ningún niño gigante entre los oyentes.

Fue ahí que el del pelaje rojo sacudió enérgicamente la cabeza.

-Bueno, si me paro a pensar en lo que en poco tiempo he llegado a saber de su país debo alegar que el comportamiento de los gigantes adultos me parece muy poco razonable. ¿Qué hay de lógico en pegarles a los niños más débiles y proveerse de bastones que nadie es capaz de cargar mientras que por otro lado hay gigantes que se hielan por no tener madera? ¿O cuál es el sentido de tirar todas las porquerías a los ríos, de tal modo que ya nadie se puede bañar en ellos y que pronto llegarán a dejar de tener agua potable? ¿Pero qué hay de acertado en eso?

-¿Y ustedes, niños, consienten que los gigantes adultos destruyan el mundo en el que viven, por tanto también su mundo, y les dejan meter en la cabeza que son demasiado tontos para decidir sobre cómo tiene que ser su mundo?

Correvientos expresó lo que sus acompañantes estaban pensando.

El ciervo se entrometió también para poder soltar lo que pensaba de toda la historia.

-Seguro que si su opinión contase tanto como la de los gigantes adultos nadie podría pegarles a los niños gigantes, ni obligarlos a abarrotarse en el colegio de cosas aburridas.

Miró a Inka atentamente a los ojos.

-¿Acaso te has preguntado alguna vez por qué aprendes en el colegio? ¿Lo haces porque te gusta descubrir cosas nuevas o te empapas de cosas sólo para evitar castigos y malas notas? ¿Es el colegio como a ti te gustaría que fuera?”

Y con plena convicción dijo:

-Si pudieses votar, los adultos ya no podrían seguir ignorando tan fácilmente tus deseos y tus ideas.

Si la reunión no se hubiera terminado de repente y los gigantes no se hubieran puesto en camino hacia sus casas, Inka seguro que habría contestado algo. Pero así, Correvientos, Inka y los cuatro animales procuraron esfumarse lo antes posible para no caer en las manos de algún gigante vigilante.

Anduvieron aún dos días, por un espeso bosque antes de alcanzar el río que representaba la frontera con el país de los animales y de prepararse para cruzarlo, lejos de los caminos conocidos.

El retorno de Correvientos

Para no perderse el retorno de Correvientos y poder recibirlo debidamente, los animales habían colocado un centinela a la orilla del bosque.

Hacía mucho tiempo que la espera era en vano y el perezoso, el animal que había aceptado esta misión por serle bastante indiferente la rama de donde colgarse tranquilamente, empezaba a quejarse de aburrimiento.

-Llevo ya casi tres semanas colgado por aquí sin que pase nada. Si por lo menos supiese hacer punto me tejería un jersey calentito para el invierno.

La madre de Correvientos ya apenas se atrevía a esperar volver a ver a su hijo, el pequeño Correvientos.

Cualquiera se daba cuenta por la expresión de su cara de la tristeza que la suerte de Correvientos le causaba.

-¿Volverá Correvientos antes del invierno? -se preguntaba una y otra vez.

Lo echaba mucho de menos, pero más que eso le deprimía la sospecha de que Correvientos fuese tratado mal por los gigantes y que fuese infeliz.

Así transcurrieron muchos días sin que los animales del bosque tuvieran noticias de Correvientos hasta que un día, sí, hasta que un día el perezoso que vigilaba se dirigiera con desacostumbrada prisa a la vieja cabaña en la que vivía la madre de Correvientos y gritara en alta voz:

-He visto un tropel de animales cruzar el llano que está enfrente del bosque. Por desgracia estaban todavía demasiado lejos y sólo he podido reconocer al animal más grande entre ellos: el ciervo. Pero seguramente que Correvientos también está con ellos pues está claro que sin él no habrían vuelto.

Incrédula al principio, después con esperanzas crecientes, la mamá caballo galopó al encuentro de los que llegaban mientras que el perezoso continuó corriendo por el bosque para avisar a los demás animales.

La noticia del retorno de Correvientos se propagó como un reguero de pólvora entre los animales del bosque y nadie, verdaderamente nadie, quería faltar a su bienvenida. La mariposa de colores a la que tanto había entristecido la desaparición de Correvientos acompañó con alegres y aliviadas risas a su recuperado amigo en el último tramo del camino.

-¡Correvientos ha vuelto, Correvientos ha vuelto! -gritaba de júbilo mientras brincaba loca de alegría delante de la nariz del potrillo.

Alrededor de la vieja cabaña había un gran abarrotamiento y muchos empujones ya que todos querían ser el primero en saludar y estrechar a Correvientos en sus brazos. Créanme que no es tan fácil expresar en palabras la alegría que a ambas partes les causaba el reencuentro.

Al comienzo reinaba el silencio porque nadie podía terminar de creer que lo que estaban viendo era realmente cierto.

Pero ese silencio inicial fue roto ya poco después por entusiastas exclamaciones en alto y toda la tensión que durante la ausencia de Correvientos se había ido acumulando en su madre y en los otros animales por la preocupación de cómo le iría, se descargó en un frenesí de alegría rico en lágrimas.

-¡Déjame pasar que quiero dar un beso a Correvientos! -intentaba un jabalí abrirse paso entre la muchedumbre que rodeaba al potro.

Pasado un rato, el oso, para protegerlo, se tuvo que poner delante de Correvientos para que éste, a causa de los sentimientos desbordantes, no fuera aplastado por los animales pues todos ellos querían saludarlo.

Pero tampoco los salvadores de Correvientos se quedaron cortos del cariño y atenciones que se prodigaron.

El oso se sonrojó visiblemente cuando una osa de pelaje hirsuto que se parecía mucho a la osa de sus sueños, le agradeció con un fuerte beso en el hocico por haber salvado a Correvientos.

-Oye, ¿por qué eres tan tímido? -se inmiscuyó la hormiga con frescura.

El oso pardo, sin embargo, estaba demasiado ocupado disfrutando de los efectos secundarios de ese beso especial como para tener tiempo de tomar gran nota de la resonante objeción de su compañera.

-¡Preparemos una fiesta para celebrar el retorno de Correvientos y sus salvadores! -propuso la lechuza que, de acuerdo con su discreta manera de ser, se había posado en una rama por encima de las cabezas del tropel de animales observando desde allí el animado trajín de los animales.

Los animales aprobaron la propuesta de la lechuza por unanimidad y se pusieron en camino para comenzar enseguida con los preparativos para la fiesta.

* * * *

Pero bueno, ¿dónde estaba Inka, la chica gigante?

Ya se habrán enterado de que Inka no se encontraba entre los animales cuando el perezoso los avistó.

Sucedió así:

Cuando los animales cruzaron el río que separaba su país del de los gigantes, Correvientos dijo:

-Creo que es mejor que Inka de momento no venga. Si los animales ven la gigantesca estatura de Inka se asustarán terriblemente y tendrán miedo innecesariamente.

-Antes les pondremos al corriente de tu llegada -añadió dirigiéndose a Inka.

-¡Sí, mejor te esperas aquí!, se le unió el zorro justo al alcanzar ellos la otra orilla del río. "Vendremos a recogerte lo antes posible".

Inka entendió las dudas de sus nuevos amigos. También ella había experimentado ya a menudo el miedo ante situaciones desconocidas y mucho más cuando éstas eran bastante más grandes que ella.

-¿Pero me aceptarán los animales cuando se enteren de lo mal que te he tratado? -se dirigió Inka a Correvientos con mirada interrogatoria.

El potrillo intentó disipar las dudas de Inka:

-Dado que yo te presento como mi invitada te recibirán con agrado y seguro que te enseñarán también mi país.

-¡Adiós, hasta pronto! -se despidieron los animales de Inka cuando finalmente reanudaron su camino a su patria.

Inka se quedó sola atrás y así se sentía un poco.

* * * *

Correvientos, entretanto, había puesto al corriente a los demás habitantes del bosque del apoyo que habían recibido de Inka, la chica gigante, y de que la niña gigante estaba esperando una señal suya al borde del claro para poder reunirse con ellos.

-Yo pienso que Inka ya ha enmendado lo que te había hecho al principio y por eso la recibiremos con agrado -expuso la lechuza notando en las afirmaciones de cabeza de los animales presentes que decía justo lo que ellos pensaban.

La rápida comadreja se declaró espontáneamente de acuerdo en ir por Inka y enseñarle el camino al bosque. Pasado un rato llegó Inka.

A pesar de estar advertidos, los animales sintieron no obstante algo de miedo ante el gran ser desconocido.

Al ser tan alta, la comunicación entre ella y los animales no era tan fácil pero, afortunadamente, la muchacha gigante era capaz de mover el pabellón de su oreja en todas las direcciones. Con las orejas dirigidas al suelo podía incluso comprender la aguda voccecita de la hormiguita cuando ésta volvía a soltar alguno de sus comentarios.

Como la fiesta no iba a tener lugar antes de la noche siguiente, aún quedaba suficiente tiempo para enseñar a Inka el país y familiarizarla con las costumbres de los habitantes del bosque.

-¿Estás de acuerdo con que sea yo en lugar de Correvientos, que seguramente estará cansado del largo viaje y querrá descansar, quien te enseñe nuestro país y conteste a tus preguntas? -quiso saber la lechuza de Inka.

La muchacha gigante asintió.

-Tengo mucha curiosidad por lo que viviré aquí, ivámonos ahora mismo! -pidió a la lechuza.

* * * *

La lechuza seguía aún aleteando con precaución alrededor de la cabeza de Inka cuando ésta preguntó de repente:

-¿Por qué no te posas simplemente en mi mano? De ese modo no te cansarás tan pronto.

La lechuza titubeó.

-No sé qué hacer.

Inka extendió su mano con suavidad para reafirmar su oferta.

-¡Venga, vamos, si no te agrada, te puedes echar otra vez a volar!

-Vale -aprobó por fin la lechuza-, la verdad es que sí que estoy ya un poco cansada de tanto revolotear.

Aliviada, aterrizó en la mano extendida de Inka.

La lechuza no habría obedecido a su fama de sabia si no hubiera estado tan enormemente curiosa por averiguar más cosas acerca de Inka y de su vida.

-Tienen que ser tan curiosos como los niños para poder ser sabios - recomendaba a los animales, quienes a menudo se sorprendían de lo mucho que la lechuza sabía del mundo.

-Dime, ¿con qué sueñas durante el día? -le preguntó a Inka.

Al darse cuenta de la sorpresa que a Inka le causaba la pregunta, continuó investigando:

-¿Y qué es lo que ansías?

Pero ahora Inka sí que estaba totalmente confusa, nunca nadie le había hecho tales preguntas en el país de los gigantes.

-A mí me parece que no estás acostumbrada a estas preguntas. Con nosotros, cuando un animal quiere conocer a otro más de cerca le pregunta que con qué sueña, lo que ansía y lo que le gustaría hacer en ese momento.

De esa manera se entera de algo más que de la edad de su futuro amigo, de lo que vive o de cuántos frutos recoge al día.

A Inka esto le parecía plausible.

-Voy a intentar saciar un poquito tu curiosidad -inició ella su respuesta.

-A veces sueño con que en mi país no nos presionaran a nosotros los niños y que todos los gigantes, sin tener en cuenta su edad, fueran respetados por igual. Me gustaría poder volver a nadar en ríos cristalinos y revolcarme en prados verdes en vez de tener que caminar por terrenos rocosos. Y si pudiera, encendería una hoguera para calentarnos con todas las mazas que están almacenadas en las fronteras de nuestro país, para, según dicen, protegernos de nuestros enemigos.

El desolador llanto del oso hormiguero

La lechuza estaba tranquilamente posada en la mano de Inka moviendo su cabeza en todas las direcciones y dirigiendo de tiempo en tiempo su mirada a algún punto interesante del paisaje.

-Así nunca lo había visto -se asombraba algunas veces al ver las conocidas colinas bajo una luz diferente o cuando de repente se daba cuenta de que un grupo de árboles ya muy conocidos se semejava a un molino de viento que movía sus aspas con fuerza.

El Sol se encontraba en la cima del arco que día tras día describía de nuevo en el Cielo. De manera derrochadora arrojaba su resplandor amarillo y caliente por encima de las colinas y de las plantas que añoraban sus rayos y extendían sus cabezas hacia él. La lechuza estaba entusiasmada con el arco iris que estaba dibujándose allá lejos en el horizonte. Como la pincelada de un pintor gigante se elevaba rico en colorido por la boscosa cima redonda y verde oscura de una colina, repintaba el azul del cielo en un brioso arco de un luminoso violeta, verde, amarillo y rojo para hundirse finalmente detrás de la cima cubierta de nieve de una poderosa montaña.

Cuando la lechuza, fascinada por el espectáculo natural, cerró los ojos, el arco iris continuaba reproduciéndose en su córnea pero sus colores mudaron con rapidez perdiendo su luminosidad.

La muchacha gigante no se había percatado de nada de eso. Su atención había sido atraída por un fuerte jaleo hacia una extraña pareja que estaba peleando por

Pero, bueno, ¿qué era eso? Inka miró con más detenimiento. ¡Exacto, que se estaba peleando por una manzana!

-Es mía, la manzana es mía -reclamaba la ansiada fruta un colosal elefante subido de amenazadora manera sobre las patas traseras.

Ésta se había atorado en mitad de la trompa de un oso hormiguero por haberla succionado con demasiada rapidez.

-¡Dámela ahora mismo, yo la vi primero! -reafirmó el coloso su exigencia.

El oso hormiguero no sabía muy bien qué hacer.

¿Correr rápido a su cercana cueva y esconderse en ella?

Pero el elefante no era precisamente lento y seguramente le hubiera alcanzado. ¿No sería mejor que entregara la manzana?

-Hace tres días que comí sólo unas raquíticas avellanas. Tengo un hambre tan grande que mi estómago me toca ya una obra musical completa -apeló el oso hormiguero a la generosidad del gigante gris.

-¿Le ayudo al pequeño oso hormiguero? -pensó Inka al ver a los dos animales de tan desigual fuerza física enzarzados en la pelea.

Entretanto, también la lechuza se había dado cuenta de la disputa por la manzana, pero no parecía importarle mucho.

Al percibir la escrutadora mirada de Inka, la retuvo:

-Ya lo arreglarán.

Malhumorado, se acercó el elefante al oso hormiguero, rodeó el largo gajate de éste con su fuerte trompa y, sin más tardanza, le quitó finalmente la manzana madura de la boca.

-Mmm, ¡qué bien huele! -elogió el animal gris el apetitoso aroma de la rica fruta e iba a llevarse la manzana a la boca cuando...

Pero bueno, ¿qué es lo que pasa ahora?

Destrozado por la pérdida de "su" manzana y desesperado por ver que definitivamente no iba a poder saciar su hambre, como había esperado, con la fruta, el oso hormiguero se tiró al suelo y empezó a llorar amargamente.

-Aaay, aaaayy, tengo tanta hambre y si no como algo pronto, seguro que moriré de hambre. Aaay, aaaayy, y eso que la manzana estaba ya casi en mi barriga -sollozaba el oso hormiguero de tal manera que a Inka casi se le desgarraba el corazón. Inka no había vivido algo semejante en su país.

-¡Pobre oso hormiguero!, si pudiese ayudarte. ¿Pero cómo? -se preocupaba la muchacha gigante llena de compasión. Sin embargo, a Inka no le dio tiempo de intervenir porque de repente...

-No, así no me sabe la manzana absolutamente a nada -dijo el elefante que estaba visiblemente aturdido por la pena del osito hormiguero.

Se inclinó hacia el oso hormiguero para consolarlo.



-Toma, aquí tienes la manzana de nuevo, creo que tú la necesitas más que yo.

Y cuando el oso hormiguero se había limpiado las lágrimas, abriendo uno de ellos con cuidado, vio cómo estaba rodando la fruta redonda por encima de su trompa. Ahora toda su desgracia quedaba atrás y el animalito, hambriento, atacó enseguida la comida, la partió en cuatro trozos y, a pesar de su hambre descomunal, dio un pedazo al elefante.

-Toma, esa parte es para ti, por haber sido tan generoso conmigo -dijo al pasar a la trompa del animal gigante la más grande de las cuatro partes. Era bien visible la alegría que sentía el animal gris al ver tan feliz al oso hormiguero.

-En realidad la manzana no tenía tanta importancia -pensaba el elefante para sus adentros- mientras le invadía un sentimiento de satisfacción.

La gratitud y la espontánea alegría del oso hormiguero que se despidió de él amablemente con un beso en la punta de la trompa, le eran mil veces más apreciadas que el degustar una manzana de cuya especie, al ser él tan grande, podía coger bastantes del árbol.

-Creo que ha sido correcto no inmiscuirme -reconoció Inka cuando el oso hormiguero y el elefante se habían marchado-, yo tenía miedo de que el elefante apretara al osito hormiguero.

-Sí, es que tú has prestado atención únicamente a la desigualdad de tamaño. Pero, como has podido ver, tampoco el oso hormiguero estaba indefenso -repuso la sabia lechuza.

Había una cosa que Inka no comprendía.

-¿Pero qué recompensa tenía el elefante de devolver la manzana? -pidió que le informara la lechuza.

-De él dependía convertir a un animal desgraciado en uno feliz. ¿No has visto lo alegre que miraba al darse cuenta del júbilo y la gratitud del oso hormiguero?

La lechuza sabía que también en su país la convivencia, en general armónica, se veía de vez en cuando interrumpida por una fuerte disputa, puesto que los intereses específicos de cada uno de los animales no eran siempre compatibles con los deseos de los otros animales.

-¿Sabes? -volvió a dirigirse a Inka-, yo no sabría decir si esta solución a la pelea ha sido correcta o no, pero nosotros los animales intentamos siempre, a pesar de todos los diferentes deseos que tenemos, respetarnos y considerar justificados los intereses de los demás animales. Tal vez sea esa la razón de por qué no hay disputas maliciosas. Pero sigamos nuestro camino, aún tengo mucho que mostrarte de nuestro país.

El Sol las seguía seduciendo en su camino por el país desconocido.

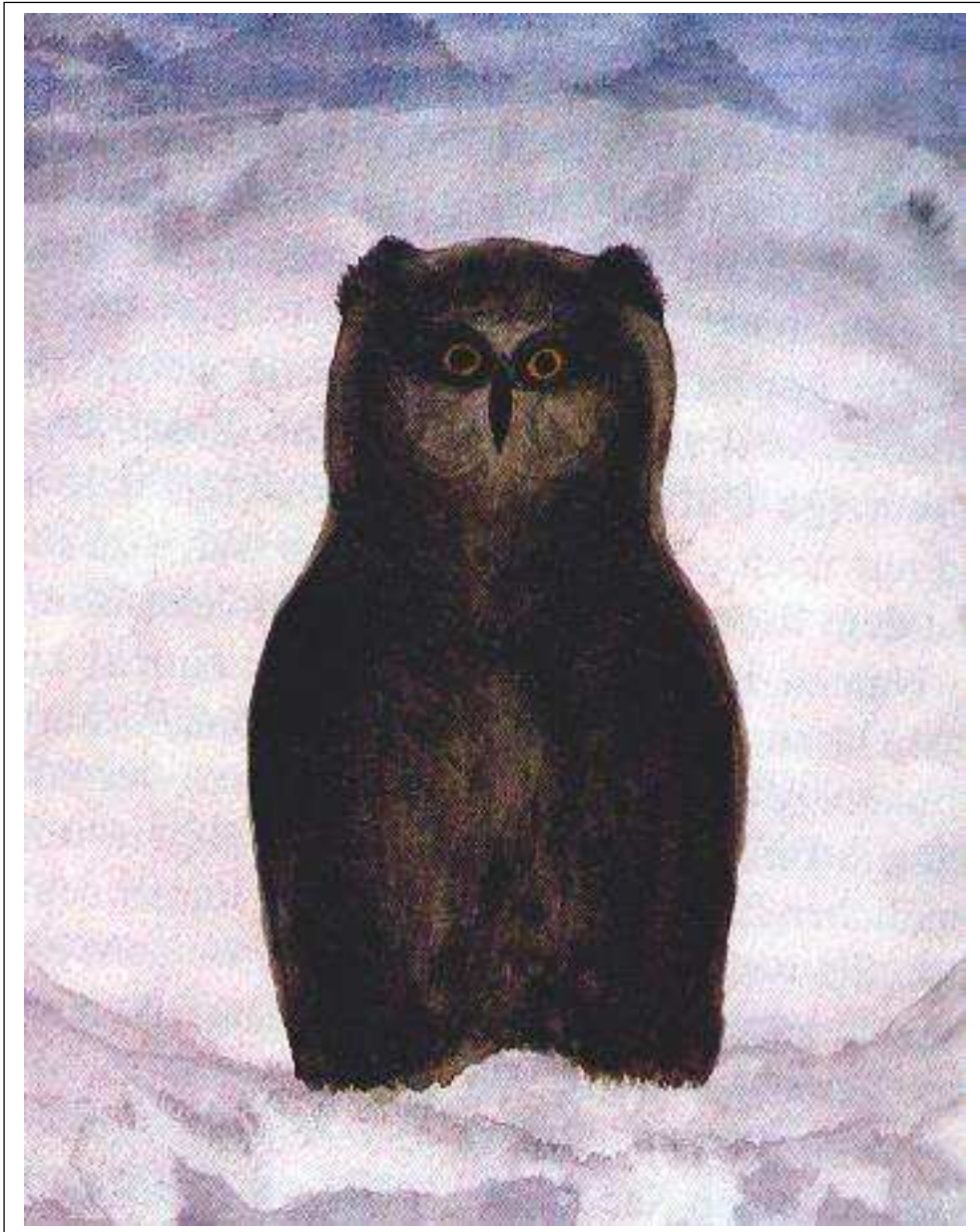
Inka aún pasó un buen rato pensando en la pelea por la manzana. ¿Cómo habrían solucionado los gigantes del país de dónde venía el conflicto?

Inka se había percatado de que a los dos adversarios lo único que les había importado era la manzana y nada más.

-Nadie ha intentado lastimar al otro o poner su poder de manifiesto. Y el oso hormiguero de verdad ha desarmado con su desgarrador llorar al elefante que con creces le supera en fuerza -le participó sus impresiones a la lechuza, que, sin embargo, estaba ya con sus pensamientos en otra parte.

-Con uno de los gigantes seguramente habría intentado superar al otro por miedo de perder prestigio. Pero seguro que eso es una consecuencia de que los gigantes de niños son tratados tan mal. Siendo gigantes adultos por fin, creen que sólo se les reconoce cuando dominen otros gigantes con fuerza.

Aunque Inka había notado que su acompañante ya no le prestaba toda su atención, había querido expresar esta reflexión antes de unirse a la taciturnidad de la lechuza.



La reunión de los animales

A Inka se le pasó volando el tiempo, hasta que el Sol preparó su lecho para acostarse en el océano.

Su camino conducía por praderas donde las flores desprendían un aroma seductor. Inka se acostó y puso su nariz muy cerca de las manchas de colores para poder apreciar su olor de la manera más intensa.

-¡Ay, qué bien huele! -suspiró melancólicamente al pensar que en su país ese olor aromático a flores y hierbas, existía en raras ocasiones. La que más le gustaba a la niña gigante era la flor amarilla y violeta llamada Irisanis, de la que era solamente necesario oler una vez brevemente para sumergirse en maravillosos sueños. Con el olor de esa flor, Inka se olvidaba hasta de la soledad de su corazón, algo que, a pesar de la amable acogida por los animales, sentía cada vez con más fuerza. Claro, ella no era un animal sino una muchacha gigante que añoraba la compañía de los suyos.

Cuando llegaron a un lago, Inka, embriagada por el calor del Sol y los efectos ulteriores de la flor de los sueños, se lanzó a la refrescante agua, tan clara, que Inka podía ver incluso a los peces muy abajo en el fondo, a los que no les gustaba exponerse al Sol.

El baño en el pequeño lago le pareció extraordinariamente refrescante pero demasiado corto.

-El león me ha mandado decir que quiere conocerte sin falta y ya no nos queda mucho tiempo.

La lechuza apremiaba para que se pusieran en camino porque por ningún concepto quería faltar al consejo de animales convocado para las primeras horas de la tarde. Así que Inka tuvo que interrumpir su divertido juego con el pez globo lleno de espinas con el que había estado compitiendo a ver quién de los dos se inflaba más, para marcharse con la lechuza.

-Esa es nuestra despensa -indicó la lechuza con su ala derecha hacia una cabaña redonda de madera que tenía el mismo aspecto que los iglúes de los esquimales.

-Y allí está también el león que tan curioso está por conocerte.

Delante de la cabaña, en la que había gran cantidad de grano almacenado, estaba un león sentado cómodamente que, mientras vigilaba la cabaña, se entretenía jugando una partida de ajedrez.

Se alegró enormemente cuando Inka se ofreció a jugar una partida con él ya que nunca le había hecho mucha gracia eso de jugar así solo y siempre contra sí mismo.

Mientras él colocaba las figuras sobre el tablero, Inka le preguntó:

-¿Por qué deseabas tanto conocerme?

-¿Sabes?, como tengo que vigilar la despensa, no podré estar presente esta noche en la reunión de los animales. Todos me habrían contando historias interesantes acerca de ti, pero yo no te habría visto jamás. No, no, tenía que verte y charlar un ratito contigo.

Después de una pequeña pausa, al león se le ocurrió algo más:

-Además he leído tanto sobre tu país y tu cultura en **El libro de las tradiciones** que sentía una gran necesidad por conocer alguna vez a un habitante de ese lugar.

Con su pata señaló hacia una gran caja en la entrada del granero.

-Allí se encuentra **El libro de las tradiciones** y siempre que me aburro, saco el antiguo escrito y leo un par de páginas.

-A lo mejor -pensó Inka-, me puede explicar el instruido león algunas de las cosas que yo todavía no entiendo.

Cohibida, se rascaba detrás de la oreja por no saber exactamente cómo empezar.

-¿Sabes?, querido león, después de haber visto tu país, cada vez me resulta más difícil entender algunos de los procedimientos del mío. Si has leído tanto de mi país y de los gigantes que viven en él, seguro que me podrás ayudar a comprender estas cosas.

Lo primero que quiso saber fue por qué los niños gigantes consentían que los gigantes adultos hiriesen tan a menudo sus sentimientos.

-¿Acaso es normal el que uno se deje tratar tan mal sin protestar? Me pregunto el porqué nosotros los niños gigantes no nos defendemos cuando nuestros deseos y derechos no son respetados.

-¿Acaso no lo haces? ...¡Acuérdate! ¿No llorabas de bebé cuando tu madre no te daba el biberón a pesar de reclamarlo enérgicamente? En ese tiempo todavía no podías expresar tu opinión de otra manera. Además, ustedes los niños gigantes, como todos los niños, tienen una cualidad especial de la que los gigantes adultos se aprovechan: Son todos muy, muy bondadosos.

-¿Bondadosos?, musitó Inka asombrada.

-¡Sí, bondadosos! -acentuó el león una vez más-, si sus padres exigen que les obedezcan, lo hacen porque son bondadosos por naturaleza. No se les ocurre oponerse, naturalmente, por miedo a herir a sus padres con esa postura, motivo por el cual prefieren que los hagan sufrir a ustedes. Por otro lado, cuando los niños gigantes son pequeños, confían en ellos casi a ciegas. Pero naturalmente que a pesar de todo se dan bien cuenta de que son engañados en sus vidas.

El león se interrumpió pensativo para proseguir después de una pequeña pausa.

-Y desgraciadamente, los adultos abusan de su bondad para conseguir sus fines.

-Entonces los gigantes cuando son adultos ya no son bondadosos sino malos -dijo Inka.

Esta idea tomó al león por sorpresa y se quedó reflexionando un rato antes de dar una respuesta a la muchacha gigante.

-¿Malos? ino!, decepcionados. Al fin y al cabo, alguna vez también ellos fueron niños de cuya bondad se abusó. Cuando se hacen mayores se dan cuenta del engaño y de algún modo tienen que superar la decepción.

En el Libro de las Tradiciones cuentan que también entre los gigantes adultos hay algunos que se han percatado de por qué sucede esto y han dejado por ello de abusar de su poder y de la bondad de sus hijos.

Ellos conviven con los gigantes jóvenes en igual amistad que nosotros los animales lo hacemos con nuestros hijos. Pero parece que son muy pocos.

De repente, Inka veía muchas cosas con claridad.

Ahora sabía por qué los niños gigantes permitían ser tutelados por sus padres incluso cuando estos ya no tenían ningún tipo de verdadero poder sobre ellos.

Inka, satisfecha, prestó de nuevo atención al juego de ajedrez colocado ante ella.

Como todavía no sabía mover las figuras tan meditadamente como el ejercitado león, se encargó la lista lechuza de darle a la niña gigante de vez en cuando un consejo para una buena tirada, convirtiéndose así en una adversaria digna para el guarda del granero.

A pesar de todo, el león ganó tanto la primera partida como la revancha que le pidió Inka. Hacía mucho tiempo que la lechuza no veía al león tan contento como en ese momento de la victoria contra la niña gigante.

Pero fue la emoción durante el juego la que hizo que ambos sintieran el verdadero placer. El león, reforzado interiormente por la estimulante diversión, agudizó su vista en su tarea de vigilancia mientras nuestros dos viajeros se marcharon para explorar el resto del país.

La llegada de Correvientos e Inka coincidió con la época del otoño; un otoño que más bien recordaba al calor del verano que era un presagio del invierno.

De vez en cuando se veía ya caer al suelo, girando y describiendo pequeños círculos, alguna desfallecida y solitaria hoja marrón de la colorida y frondosa maraña de hojas.

Inka se podía mover muy bien sobre ese blando suelo que además estaba acolchado con follaje. Su paso elástico le parecía muy agradable y una especie de liberación. Por el contrario, ¡qué duro habían pisado sus pies en su país sobre la dura roca!

El anochecer se anunciaba ya en el país de los animales con el enrojecer del Sol por encima de las copas de los árboles y la lechuza exhortó a que se dieran prisa.

-Me gustaría estar desde el principio cuando los animales comiencen con la reunión -justificó su impaciencia ante Inka.

Como la niña gigante tenía de todos modos la sensación de haber visto ya lo más fundamental, no le costó ceder ante la petición de la lechuza de emprender el camino de vuelta.

Al arribar después de una hora a la vieja cabaña de donde habían salido, estaban llegando los últimos animales al lugar de la reunión, la vieja vaca Gerda y el mapache que siempre estaba dispuesto a hacer bromas.

-Silencio, silencio -trompeteó el elefante que se elevaba sobre la multitud haciendo que el barullo de voces bajara inmediatamente.

Aunque los animales tenían muchas cosas que contarse y estaban deseando hacerlo, una sesión del Consejo tenía naturalmente más importancia.

A Inka le parecía gracioso que también los animales jóvenes habían venido y preguntó a la lechuza:

-¿Es que hay alguien que se ocupe de los pequeños durante la reunión?

La lechuza miró extrañada a la muchacha gigante.

-Me sorprendes -dijo casi con reproche-, estos animales jóvenes no están aquí por diversión. Tenemos que discutir cuestiones importantes para la comunidad y a todos los animales que quieran opinar y decidir se les da la oportunidad de hacerlo esta noche.

Inka no terminaba de comprenderlo muy bien.

En su país, los gigantes jóvenes no tenían ningún derecho a decidir hasta no haber cumplido los dieciocho años. A la hora de ver si se tallaban más garrotes para defenderse de los enemigos o si se debía obligar a los niños gigantes a aprender en el colegio, a ellos no se les preguntaba.

El tomar una decisión al respecto era cosa de los gigantes mayores, quienes insistían constantemente en que los gigantes jóvenes estaban muy faltos de experiencia y que eran demasiado juguetones como para ser capaces de tomar resoluciones serias y responsables.

A Inka empezaron a invadirle dudas después de haber visto lo contentos y pacíficos que convivían los animales y el hecho de que a los animales más jóvenes se les tratase con el mismo respeto que a los mayores, así como el que ningún animal, bien fuera por el hecho de ser negro o tener cuernos, fuese perjudicado.

-¿Era realmente tan natural el que los gigantes mayores mandaran sobre los jóvenes?

Con atención seguía la reunión que estaba empezando.

Ya al comienzo, el pequeño Correvientos levantó la mano para hablar en el silencio que entretanto volvía a reinar.

-Queridos animales -inició su discurso-, sin su ayuda continuaría aún cautivo en el país de los gigantes. Al oso, al zorro, al ciervo y a la hormiguita les estoy especialmente agradecido. Su preocupación por mí era tan grande que no le importó emprender el peligroso viaje para liberarme de las manos de los gigantes. Muchas cosas se me habían olvidado y si ustedes no me las hubiesen recordado, aún estaría hoy en la escuela de adiestramiento de los gigantes pensando que si seguía las órdenes del maestro podría convertirme en un caballo de verdad. Sólo gracias a su ayuda me encuentro aquí nuevamente y puedo disfrutar de las muchas cosas bellas que hay en este lugar.

Nuestros cuatro amigos, conmovidos, estaban en el centro de la reunión y no sabían a dónde mirar, cuando de todas partes empezó a irrumpir un montón de ovaciones de reconocimiento.

-¡Eso, que vivan! -vociferaban los animales en desorden-, ¡que vivan mucho tiempo!

La laboriosa ardilla daba saltos por el medio y vaciaba el contenido de la bolsa de reserva que había llenado con nueces durante el último mes ante los pies del oso, mientras anunciaba:

-Como el oso no ha podido recoger comida para el invierno durante su ausencia, le doy este saco lleno de las nueces más exquisitas y elegidas para que no pase hambre.

Motivados por el ejemplo de la hábil ardilla, gran cantidad de animales saquearon sus despensas y trajeron miel, salchichón, grano, pan y semillitas para demostrar su agradecimiento a los salvadores de Correvientos.

-¡Tomen, para el desayuno! -se entrometió un jabato poniendo en mitad del sitio un gran bote de aromático café, el cual, como ya saben, era el preferido a sorber por nuestros cuatro amigos al comienzo del día.

-Gracias, queridos amigos, gracias por los muchos regalos que nos han traído. Con ellos es seguro que no sólo pasaremos bien este invierno si no también el que viene -dijo el zorro las gracias en nombre de los tres compañeros a los animales reunidos.

-Y ahora pasemos a discutir los puntos importantes sobre los cuales queremos tomar una decisión, -rogó la lechuza cuando el barullo se había calmado un poco.

-El jabalí ha propuesto poner vigilantes en las fronteras de nuestro país para impedir el paso a seres extraños a nuestro territorio, - explicó ella la emoción del comedor de raíces.

Entre el tropel de animales se oyó un murmullo. La propuesta les parecía poco común a casi todos ya que era raro que un extraño se extraviara por su país y si de todos modos sucedía, excepto en pocos casos, con fines pacíficos.

¿Para qué poner entonces vigilantes armados? Una seguridad garantizada contra un enemigo más poderoso no existía, eso lo sabían, pero contra los pocos seres que ni por el pacifismo de los animales se dejaban detener en sus hostilidades, se defenderían vehementemente.

No, al intruso no le iban a facilitar el camino si realmente quisiera adueñarse de su país y sus tesoros o si quisiera delimitar su libertad.

-En caso de tener que luchar, entonces lucharemos todos y no sólo un par de vigilantes, dado que todos, pequeños o grandes, somos responsables de la forma de vida en nuestra comunidad. No es correcto estirarse cómodamente en el lecho de paja mientras otros animales se exponen al peligro. Yo voto porque esta propuesta sea denegada -finalizó la pantera su alegato.

La aprobación que su discurso recibió de los animales indicaba una clara decisión. Fueron pocos los que se declararon de acuerdo con la propuesta del jabalí, la mayoría se unió a la opinión de la pantera.

Inka, que ya no estaba sorprendida, continuaba sin embargo extrañada al notar que también los animales jóvenes levantaron sus patas y pezuñas a la hora de votar.

La lechuza se había dado cuenta de sus reservas e intentó disiparlas. Algo que no era fácil puesto que Inka estaba acostumbrada a que a los niños gigantes no se les permitía opinar sobre el desarrollo de su sociedad y mucho menos sobre cuestiones que les atañían a ellos mismos.

-Animal es animal y cada animal tiene una opinión que debe ser tomada en cuenta. Si un animal puede opinar pero no votar, entonces difícilmente es tomado en serio ¿o no? Además, ¿no repercute toda decisión tomada en el Consejo también a los animales jóvenes? Y en resoluciones de gran alcance incluso mucho más que a los animales mayores, pues a estos a veces no les queda mucho de vida. Por otro lado nunca deja de sorprenderme el cúmulo de buenas ideas que se les ocurren a nuestros animales hijos.

Cuanto más discurría Inka y veía de la manera que la opinión de los animales jóvenes era valorada en la reunión del Consejo, más dudas la acometían respecto a si la regulación en su país era justa. De repente ya no le parecía tan natural el hecho de que los gigantes jóvenes no tuviesen voto para opinar y sobre todo para tomar decisiones.

La responsabilidad sobre su vida – algo que entretanto había aprendido – no se la podía sustraer ningún gigante adulto, ni con violencia ni queriéndosela dejar voluntariamente.

Responsable de su modo de actuar, lo era siempre ella misma, incluso cuando dejaba proceder a los demás en su lugar.

Si los gigantes adultos decidían producir más garrotes y a consecuencia de ello no quedaba madera para espantar de las cabañas el frío invernal, entonces ella, callándose, era igual de responsable que aquellos que habían votado por ello. Alta y audiblemente tenía que poner de manifiesto que también ella quería tener derecho a decidir. Tal vez entonces los gigantes de más edad se dieran cuenta de que eran injustos en no dejar decidir también a los jóvenes.

Cuanto más reflexionaba al respecto, menos se le iba el pensamiento de la cabeza.

Inclinó la cabeza hacia abajo dirigiéndose a la lechuza y le dijo bajito al oído:

-Me has enseñado muchas cosas que yo en un principio no comprendía. Pero cuanto más pienso en ello con más claridad veo la razón que tienes.

Cariñosamente, Inka dio un suave beso a su nueva amiga entre sus dos orejillas puntiagudas.

-La re... reunión se ha a... acabado -tartamudeó la lechuza desconcertada para asombro de todos los animales sentados en círculo que recordaban el orden del día de manera más amplia.

Pero como la fiesta con la que querían festejar el regreso de Correvientos iba a empezar pronto, ningún animal refunfuñó, es más, todos se fueron aprisa, para ultimar los preparativos.

Inka en el sueño de la muerte

Dado que Inka, como invitada de los animales, ignoraba de qué manera podía ayudar a preparar la inminente fiesta, preguntó a Correvientos si no quería ir con ella a pasear unos minutos. El caballito, después de estar tanto tiempo encerrado en la escuela de adiestramiento de los gigantes, había desarrollado unas ganas tremendas de corretear y retozar.

Los inconvenientes del viaje habían quedado atrás y Correvientos daba brincos de impaciencia por todas partes entre las piernas de la muchacha gigante.

-Sí, vámonos corriendo -exhortó el potrillo a su acompañante, tal petición le hizo sonreír.

-¿Acaso no sabes que yo, al ser mucho más grande, también corro mucho más rápido? -quería decir en el momento de bajar la vista hacia Correvientos y no ver nada más que una nube de polvo en el sitio donde él acababa de estar ahora mismo.

Inka había olvidado completamente que el potrillo aquí estaba en su casa y conocía perfectamente todos los árboles y arbustos, lo que naturalmente le rendía una gran ventaja. Moviendo la cabeza, marchó en la dirección por donde había desaparecido Correvientos que estaba corriendo con ventaja, pero sin llegar a verlo.

Si bien no pudo descubrir al pequeño velocista mientras andaba, su vista se fijó repentinamente en una seta de vistoso colorido que al lado de un árbol crecía a lo alto.

-¡Qué seta de colores más bonita! -le llamó la atención a Inka. Con cuidado, la recogió del suelo del bosque sin lastimar su trenzado de raíces para que al año siguiente pudiese volver a crecer nuevamente tan bella.

-¿A qué sabrá?

La niña gigante quería saber si el sabor de la seta sería tan rico como su vistoso aspecto y su olor aromático hacían suponer.

Sin sospechar nada se la metió a la boca, mordió un trozo y, gustándole su sabor, se lo tragó con fruición.

¡Pobre Inka!, si hubiera llegado a saber lo que estaba haciendo. Pero nadie le había advertido lo peligrosa que era esta seta y así, Inka corrió a ciegas hacia su perdición.

-¡Qué rara me siento!

Ante los ojos de Inka se hizo de noche y sus rodillas comenzaron a temblar.

-Tengo que sentarme -intentó pensar, pero ya se cayó enterrando en su caída varios árboles debajo de ella.

El veneno de la seta surtía su efecto. Inka cayó en un sueño al que los animales del bosque calificaban de "Precursor de la Muerte".

¿Acaso su corta vida iba a terminar así?

* * * *

El pequeño Correvientos se había alejado desde el principio galopando arrojadamente para mostrar a Inka lo rápido que era capaz de correr.

Después de un tiempo en el que su cabeza había estado dominada por el sentimiento de libertad nuevamente experimentado, se dio cuenta de que la muchacha gigante se había quedado atrás.

-Inka, ¿dónde estás? -exclamó Correvientos confuso al no poderse explicar dónde podía haberse quedado ésta.

Preocupado, dio la vuelta y retrocedió el camino acelerando el paso cada vez más, de modo que al final parecía volar. En el corazón del potrillo cundió un miedo que iba aumentando a medida que el tiempo pasaba sin tener señales de su amiga.

-Inka, Inka -sonaba por el bosque la desesperada llamada de Correvientos.

Ahí de repente, después de un rato que a Correvientos se le había hecho eterno, oyó el desgajarse de troncos de árboles. Esa tenía que ser Inka.

Algo le tenía que haber sucedido, porque en caso contrario habría contestado seguramente a su llamada.

Correvientos corrió de prisa en la dirección de dónde vino el ruido.

Lo que allí vio hizo aflorar las lágrimas a sus ojos. Su amiga yacía inerte en el suelo del bosque sin moverse.

-¿Qué te pasa, Inka? -rogaba una respuesta a la niña gigante que tan pálida se había puesto. Pero Inka siguió muda.

Correvientos, llorando con fuerza, sacudía la nariz de Inka con su cabeza.

-¡Despierta, por favor, despierta! -exclamaba desesperado. A través de las lágrimas, el potrillo intentaba distinguir qué había sucedido, por qué la amiga a la que había tomado mucho cariño yacía como muerta ante él.

Su mirada se fijó en la mano de Inka en la que ésta aún tenía los restos de aquella seta cuyo tentador color la había hecho llegar al borde del reino de las sombras.

-¡La seta de la muerte! -se estremeció Correvientos de espanto.

Rememoró lo que su madre le había contado sobre el efecto de la seta:

-Quien coma de ella caerá primeramente en un profundo sueño antes de abandonar finalmente este mundo para siempre.

Su desesperación le impedía conciliar un pensamiento con claridad.

-Tengo que salvar a Inka.

Sus pensamientos estaban revueltos, su corazón estaba a punto de reventar.

De repente se acordó que una vez al dar un paseo, la lechuza le había dicho que existía un antídoto contra el veneno de la seta de la muerte.

¿Cuál había sido?, se esforzaba en recordar pero no conseguía dar con lo que era. Intentó acordarse con la mayor claridad posible del momento en el que la lechuza le había descrito la planta del antídoto.

¿Pero qué aspecto tenía?

-¡Ah, ya me acuerdo! -respiró aliviado el potrillo cuando se volvió a acordar del nombre de la flor y entonces disminuyeron sus sollozos. Correvientos no tenía tiempo que perder.

En el claro, a la orilla del bosque crecía una flor cuyo consumo podía salvar hasta a los que, ya al borde de la muerte, estaban esperando a que les dejaran entrar en el reino de las sombras.

-Tengo que llevarle a Inka la flor de la vida -se esperanzó Correvientos nuevamente-, tengo que lograrlo.

Sin pensar más, el potrillo se lanzó a la carrera para buscar la flor salvadora de vidas y con ello se olvidó por completo del cansancio acumulado en la primera carrera.

* * * *

Mientras Correvientos buscaba desesperado la flor milagrosa yendo contra reloj, Inka recayó en un sueño febril.

Soñaba que ya había regresado a su país, el país de los gigantes, y que les contaba a los otros niños gigantes sus vivencias.

Todos la miraron incrédulos cuando relató la forma tan pacífica de convivir de los animales y cuando contó que todo animal, independientemente del color de su pelo, su tamaño o su edad, era respetado en igual medida y que tenían el mismo derecho a decidir tanto como los demás.

Inka se adentró cada vez en más detalles hasta que al final se produjo una fuerte discusión con los niños gigantes que no querían creer lo que contaba.

Era su hermano Enka el que con más vehemencia le contradecía.

-Lo que dices de que todos los animales se tratan de tú, de que el colegio no es obligatorio y de que los animales jóvenes puedan ya decidir sobre las cuestiones de la comunidad suena muy descabellado. Pues, es lo más natural del mundo que un profesor merezca respeto y por ello sea tratado de usted -argumentó éste.

-¿Y por qué los niños gigantes no son respetados de igual manera? ¿Por qué no se les trata también de usted? preguntó Inka a su hermano.

Enka se sintió confuso, apenado.

A su hermana le hubiera gustado contarle más acerca de lo que sus acompañantes del país de los animales le habían enseñado. Pero notaba que su hermano no tenía muchas ganas de continuar hablando con ella sobre el país de los animales y su modo de convivencia, porque veía amenazado su concepto del mundo.

No quiso seguir penetrando en él ya que conseguiría ponerle aún más en contra de esas cosas nuevas y extrañas que ella contaba. Además, Inka estaba convencida de que él mismo tenía la responsabilidad de decidir abrirse o cerrarse a su informe.

* * * *

Mientras tanto, Correvientos había llegado a la orilla del bosque y miraba en torno suyo.

¡Cuántas veces había visto antes la flor roja sin haberle prestado ninguna atención!

Y ahora que la necesitaba urgentemente no la veía por ningún lado.

Un ericillo que husmeaba en la pradera para encontrar comida notó la ansiedad de Correvientos y preguntó:

-¿Qué sucede, buscas algo?

-Sí, necesito muy urgentemente la flor que neutraliza el veneno de la seta de la muerte. Mi amiga Inka ha comido de ella y ahora yace en el sueño de la muerte -intentó explicarle a toda prisa al erizo lo serio de la situación.

El erizo recordó que justo un instante antes había topado con dicha flor al buscar comida.

-Allí atrás, entre el narciso amarillo y el tulipán violeta la vi -le dijo al potrillo.

¡Inmediatamente allí! Ahí estaba, en un rojo tan intenso como Correvientos nunca había percibido. Recogió la flor rápidamente y, de acuerdo con su costumbre, se la sujetó entre sus dos orejas.

Tan rápido como el viento, galopó el potrillo de vuelta al sitio donde Inka yacía todavía en su sueño de la muerte. Con suavidad, separó los labios de la niña gigante para meterle en la boca los trocitos de la flor que había partido antes con sus dientes. Inka fue tragando despacio los pedazos de la planta.

-Funciona, -murmuró Correvientos aliviado.

-¡Ojalá que aún no sea demasiado tarde!

Un suspiro quedito hizo poco después que Correvientos agudizara sus oídos.

-¿Dónde estoy, qué ha pasado? -fueron las primeras palabras que Inka pronunció cuando fue abriendo los ojos. El antídoto había surtido efecto y le había arrancado a la moribunda en el último momento del país de las sombras.

Correvientos todavía no podía creerlo y daba tales gritos de júbilo que Inka tuvo que taparse los oídos.

Después de que Correvientos le contara lo sucedido pudo comprender el alivio de su salvador.

Juntos bailaron de alegría en círculo, siempre con mucho cuidado por parte de Inka de no pisar las pezuñas de Correvientos.

¡Correvientos, el salvador!

Aquello con lo que el potrillo había soñado en el país de los gigantes se había convertido en realidad. Correvientos había hecho algo especial, ¡había salvado la vida a Inka! y eso a pesar de haber ido muy poco tiempo a la escuela de adiestramiento de los gigantes. Lo cual significaba que no hacía falta pasar años en una escuela de adiestramiento para convertirse en un caballo de verdad. No importaba cuán pequeño hubiera sido, siempre fue un caballo de verdad. De eso estaba ahora convencido. A Correvientos le recorrió un profundo sentimiento de felicidad.

La despedida de Inka

En honor de los valientes animales que liberaron a Correvientos de las manos de los gigantes y lo habían vuelto a traer a casa así como para festejar el regreso de Correvientos se celebró una gran fiesta.

Incluso Inka, acogida en un principio con reservas por lo gigantesca que era, fue saludada con alegría y junto a Correvientos, el centro de la fiesta.

Una y otra vez tuvo que contar cómo era el país de los gigantes y por qué sus habitantes trataban con tanta crueldad a los extraños que llegaban.

A veces, Inka, al bailar, se le trababa una pierna en alguna de las cuerdas en las que habían fijado las antorchas que daban la luz de colores que alumbraban la fiesta.

Esa noche, los participantes de la fiesta pasaban por alto tales insignificantes percances con generosidad.

Al fin y al cabo debían a la niña gigante Inka el que Correvientos, querido por todos, hubiese regresado. A eso de la media noche se calmó el bullicio de la fiesta y los animales se reunieron todos alrededor de la hoguera. Inka tuvo que aclarar a los animales ávidos de saber, por qué el pequeño Correvientos lo había pasado tan mal en el país de los gigantes y por qué los niños gigantes aguantaban los malos tratos de sus padres y profesores.

-¿Saben?, no resulta tan fácil hacerlo entender -comenzó a contar.

-No hace mucho tiempo, antes de conocerlos a ustedes y su forma de convivir, estaba persuadida de que todo debía ser tal y como yo lo había vivido desde pequeña en nuestro país. La educación tiene que existir, repiten continuamente los gigantes adultos. Y lo que con ello quieren decir es que nosotros, los gigantes jóvenes, podremos llegar a ser buenos gigantes si seguimos las órdenes de los gigantes mayores. Desafortunadamente nos damos cuenta demasiado tarde de que la felicidad que pensamos conseguir con ello no llega. Con la frase: Pero mira qué bueno es ese niño gigante, nos indican lo que de nosotros se espera. Y con el tiempo no notamos ya en absoluto que no somos realmente felices y que nuestra vida no transcurre como quisiéramos. Hasta hace poco era incluso yo misma incapaz de verlo.

Y, bajo las serias miradas de todos los animales oyentes, prometió:

-Cuando regrese a mi país les relataré a los demás niños gigantes de su país y les informaré de la manera tan cariñosa como los tratan. Les contaré a mis hermanos y a mis amigos de cómo el Sol aquí calentó finamente mi piel, de lo suavemente que la hierba acarició mi cuerpo acostado en él y del exquisito aroma que aquí despiden las numerosas yerbas y flores.

Se quedó callada un momento.

-Entretanto pienso que la cordialidad de la naturaleza está íntimamente ligada con la manera cómo actúan.

Al que había escuchado con atención seguro que no se le escapó el profundo suspiro de Inka.

-Aunque me puedo imaginar que al resto de los niños gigantes les resultará difícil entender lo que quiero transmitirles. Ellos ya se han acostumbrado a que su vida gire en torno a los deseos y órdenes de los gigantes mayores hasta que llegue el día donde también ellos puedan dar órdenes, extrayendo de ahí su satisfacción. La mayoría ha perdido ya el sentido de su dignidad que el buen Dios les puso en la cuna. Con ustedes he aprendido que también puede ser de otra manera e intentaré propagar estos conocimientos entre los niños gigantes.

La lechuga sintió la necesidad de despedir a su amiga con un consejo más.

-Por favor no te precipites. Lo más importante es que ustedes, los niños gigantes, sean independientes en sus convicciones. ¡Digan lo que piensan, eso es lo esencial. De este modo su corazón y nuestro espíritu permanecerán libres.

Cuando se acabó la fiesta y se acercó el amanecer, Inka se despidió de sus nuevos amigos. Con lágrimas, abrazó a todos los animales que estaban a su alrededor hasta que finalmente le llegó también el turno a Correvientos.

-¿Estás todavía enojado conmigo? -quiso saber del potrillo, a quien el corazón se le puso en un puño.

Hacía tiempo que Correvientos había perdonado a Inka y ahora estaba triste de que ésta quisiera irse lejos de él después de haberse hecho amigos.

Inka comprendió que el suave frotar de su cabeza contra su pierna era su respuesta.

Seguramente quería decir:

-No, no te guardo rencor por haberme hecho daño. ¡Ahora eres mi amiga!

Y ella se bajó inclinándose hacia el potrillo y le acarició la piel.

Al final, tomó los muchos regalos bonitos que los animales le habían hecho, los colocó con cuidado en su bolsa del pan y se puso en camino dirección al país de los gigantes.

Los animales siguieron todavía durante mucho tiempo a la niña gigante Inka con la vista, hasta que fue desapareciendo a lo lejos. Como ella, esperaban que su deseo y su anhelo por un mundo mejor en el país de los gigantes se cumpliera.

* * * *



Karlo Heppner nació en el año 1955 en Nackenheim, pasó allí su niñez y seguidamente vivió hasta septiembre de 2000 en Wiesbaden. Después vivió tres años en Torrevieja, España. Actualmente vive en Colima, México. Con doce semestres de estudios de psicología, programador organizador, traductor de la lengua española. Desde hace muchos años intercede con ayuda de medios jurídicos y publicitarios a favor de los menores en su protección efectiva en esta sociedad. Después de más de veinte años, ha logrado una meta: la abolición del "Derecho de Corrección" Inconstitucional (Elterliches Züchtigungsrecht) en el año 2000 en Alemania, con el que el Estado justificó y aprobó mucho tiempo la violencia contra los niños, con el fin de la educación.

El autor quiere agradecer aquí a todos los que se han esforzado por este objetivo, especialmente al KINDERSCHUTZBUND (Alianza de Protección de Menores).

Hasta el reconocimiento total de los derechos humanos de los menores queda, sin embargo, un tramo de camino por recorrer.

*Karlo Heppner
Villa de Alvarez, Colima, México
Email: karloheppner@yahoo.de*